

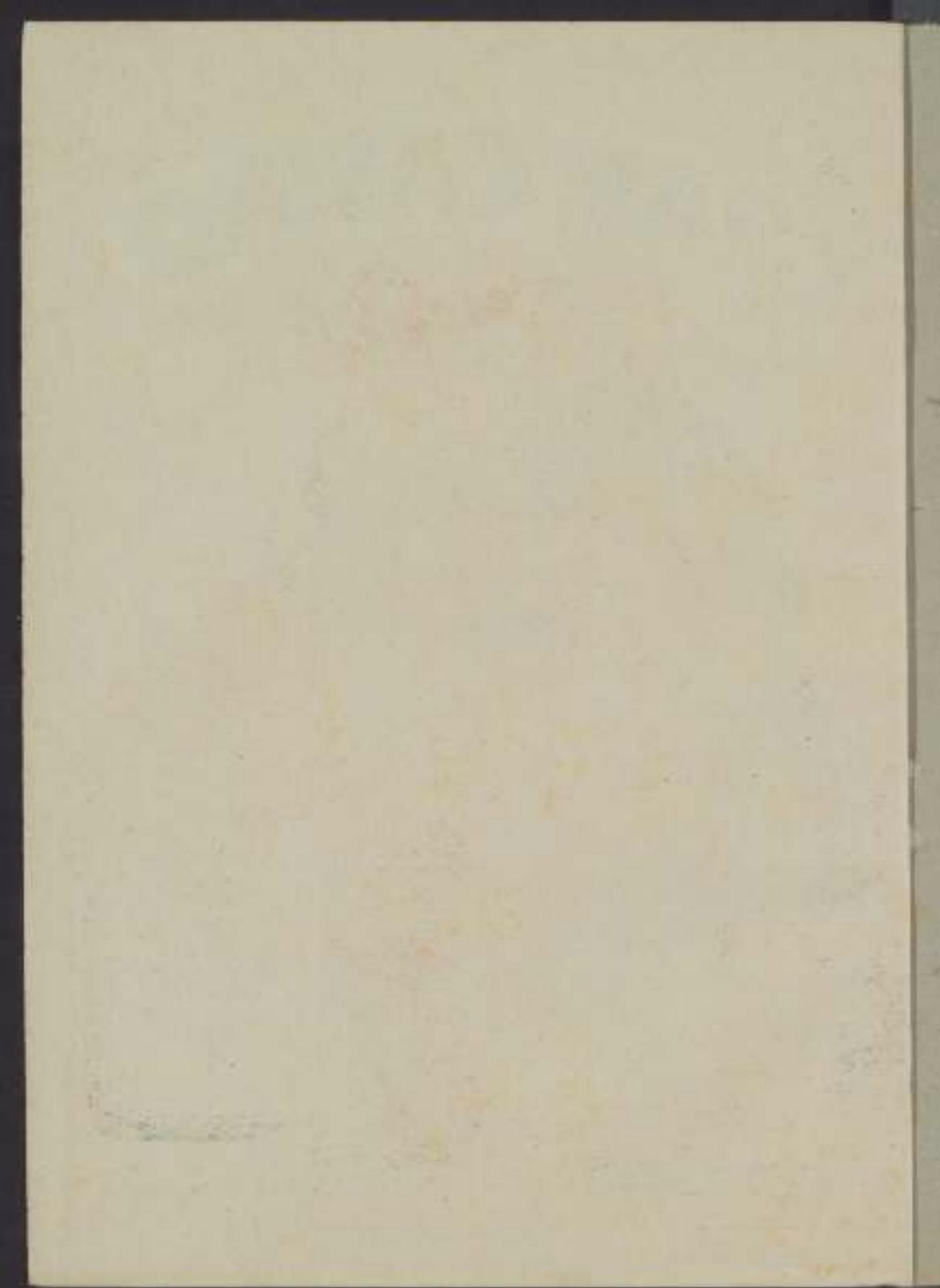
# GRAN CASINO



Jorge  
**NEGRETE**  
*Libertad*  
**LAMARQUE**  
y  
**TRIO CALAVERAS**

Editorial **ARAS**

EDICIONES BIBLIOTECA PLAZA Serie Especial





**GRAN CASINO**

---

---

Reservados los derechos de  
traducción y reproducción

---

---

ARTES GRÁFICAS ESTILO  
Valencia, 234 - Teléfono 70657  
BARCELONA

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMÓN SALA VERDAGUER

Aptado 707 :: BARCELONA :: Teléfono 70657  
Valencia, 224 :: Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería  
Barbosa, 16, Barcelona - Tenuca, 4, Madrid

EDITORIAL

"ALAS"



AÑO XXV

SERIE ESPECIAL

NUM. 380

NUM. 131

## GRAN CASINO

El petróleo, que bien o mal se ha calificado de «oro negro», ha sido tema de innumerables cintas cinematográficas, pero no agotado aún el tema, argentinos y mejicanos se han lanzado con dos grandes estrellas: Libertad Lamarque y Jorge Negrete a filmar un drama más, en el que la lucha por la posesión de terrenos petrolíferos lleva unos a la muerte y a otros al amor en «Gran Casino»

---

### DISTRIBUCION:

Aragón, núm. 242  
BARCELONA



Avda. José Antonio, 31  
MADRID

PRINCIPALES INTERPRETES

---

Jorge Negrete  
Libertad Lamarque

---

Director: Luis Buñuel

---

---

Narración literaria por  
Marcos Estrada

---

---

## LOS AVENTUREROS

A partir de nuestra madre Eva, siempre han sido las mujeres las que se han cruzado en el camino de los hombres, y debemos confesar que tales encuentros siempre han sido bien recibidos por los reyes de la humanidad, aunque luego, al encontrarse solos, despotriquen contra las que han sido causa de sus desdichas.

En una cárcel de cualquier distrito de Méjico un carcelero, relativamente joven, andaba arriba y abajo por los corredores como si en lugar de estar guardando a los presos fuese él el detenido.

Unos pasos pesados dieron a entender que alguien se acercaba al portalón de la cárcel, y allí corrió nuestro hombre para observar la llegada del anciano que venía a relevarlo con una hora de retraso.

—Creía que ya no venía usted —exclamó impaciente—. ¡Mi turno terminó hace una hora!

Cogió el anciano las llaves que le tendía el mozo y en lugar de protestar bajó la cabeza y admitió su culpa.

—Estas malditas piernas no me dejan andar aprisa y ya sabes que mi casa no está cerca. Además, mi vieja sigue en cama y... estamos solos.

La voz contrita del pobre carcelero hizo variar el gesto agrio del joven, que preguntó solícito:

—¿No le ha ido bien el remedio?

—Muy poca cosa, y no tengo dinero para hacer venir a un médico.

—A los pobres siempre nos ocurre lo mismo. Bueno, compañero, hasta mañana.

—¡Hasta mañana! —contestó el viejo suspirando aliviado mientras penetraba por el portalón y hacía sonar las llaves que tenía en una mano y con la otra apuraba una colilla de cigarrillo.

Cruzó dos lúgubres corredores con sus siniestras rejas, llegó a un rincón donde se quitó la chaqueta y la colgó de un clavo que sobresalía de la pared, habiendo antes sacado un periódico de uno de los bolsillos.

Su deber le obligaba a reconocer los calabozos y sus ocupantes; labor que pensó realizar antes de dedicarse a la lectura, y salió a comprobar que no hubiese novedad. No la había. Sonrió satisfecho y se sentó en un banco situado al principio del corredor desde donde podía observar las rejas. Dió una última chupada al cigarrillo y se decidía a tirarlo cuando una voz ronca que procedía de detrás de una reja le hizo parar en su intento.

—¡No tire la viejita!

El que hablaba era un preso entrado en años, tenía el semblante y los brazos señalados por la viruela, el cabello ya canoso, enmarañado y rebelde. Unos ojos sin brillo ni color y unos labios gruesos, marcados en su parte superior por una cicatriz. A pesar de este retrato, no se podía decir que el hombre fuese repulsivo.

Tendió una mano callosa esperando que el carcelero le entregara la colilla, lo que hizo sin gran prisa, pues antes quiso encender un nuevo cigarrillo con el residuo.

—Están muy caros los cigarros —explicó el carcelero, mientras alargaba la colilla al desgraciado.

—Sí, ya lo sé, es por lo del petróleo.

—Claro, como se ganan tantos dólares en los campamentos de petróleo.

—El mundo está chiflado —comentó el preso—. ¿De qué les sirve el dinero?

Consideró el carcelero que ya había hablado bastante y con sus piernas cansadas emprendió de nuevo el camino hacia su banco.

Se apartó de la reja el recluso para sentarse sobre su camastro en el fondo de la celda donde se hallaba otro preso de aburrido semblante.

Ofrecía un original contraste una estampa de la Virgen colocada a la cabecera de la cama y colgada contra el muro había una guitarra. Un viejo cacharro lleno de agua era lo único de que podían disponer para calmar la sed.

—¡Pedro! —exclamó el preso—. Ya tengo con qué animarme para el juego —y le mostró triunfante la colilla.

Pedro hizo poco caso a su compañero y se dirigió a un hombre joven, otro recluso que se apoyaba contra el muro observando a los jugadores.

—¿No le gustaría jugar, don Demetrio? —preguntó Pedro al joven—. Se pasa mejor el tiempo, ¿verdad, Martín?

—¡Juegue —dijo el viejo Martín—, nosotros acabamos esta partida y puede usted empezar.

—Gracias —dijo Demetrio—, tengo otros quehaceres.

Tenia este joven un aspecto muy distinto de los dos reclusos, y aunque no iba muy bien vestido, no ofrecía el tipo inconfundible del preso empedernido. Se colocó de nuevo en la sombra y con la vista fija en el tablero de los jugadores.

—No confie en poder trabajar mucho, mientras el carcelero no se marche de donde se ha situado —dijo Martín.

El viejo recluso movía las colillas de un lado al otro del tablero con mucha habilidad y mascullaba las siguientes palabras:

—¡Trabajar! De ahí es de donde vienen todos los males, de trabajar. Por eso todo anda patas arriba, por trabajar, ¿no?

Demetrio le miró con aire burlón.

—Es posible, viejo zorro, pero si no es a fuerza de trabajar no podré salir de esta cárcel.

—Pero si se está muy bien aquí —replicó Pedro.

En el otro camastro de la misma celda, situado a la izquierda de la puerta, se sentaba un joven apoyando la espalda en la pared. Era un hombre de aspecto agradable que estaba completamente fuera de su ambiente en aquel lugar. Tenía un semblante simpático, con ojos inteligentes, que brillaban bajo las espesas cejas. Daba la impresión que se encontraba allí por pura casual-

lidad y que las puertas se le abrirían de par en par en cuanto se dispusiera a salir.

—¿Qué haces mirando a esos vagos? —preguntó el del camastro, dirigiéndose a su amigo.

—No tengo nada más que hacer, Gerardo —contestó Demetrio de mal humor—. Estoy tan desesperado como tú, al tener que pagar una culpa que no me corresponde. Estamos perdiendo el tiempo miserablemente en este calabozo, cuando ya deberíamos estar en los campamentos petroleros.

Gerardo se incorporó.

—Lo has dicho ya mil veces y me lo sé de memoria. La culpa es mía, la acepto; pero, ¿desde cuándo echarle una flor a una bonita muchacha es un delito?

—Piropearla, no, pero poner un ojo morado al marido es otro cantar, no es precisamente para que te nombren hijo adoptivo del pueblo.

—¿Cómo iba a saber yo que era casada? Si lo llego a saber me la llevo a los campamentos, tan sólo para hacer rabiar al vejete. ¡Estoy harto de todo esto!

Se levantó Gerardo y su esbelta figura dibujó una larga sombra en el suelo. Se aproximó a la reja y observó al carcelero con indignación. El pobre hombre, absorto en la lectura de su diario, poco pensaba que era objeto de la cólera de los dos presos jóvenes. Cogiéndose a los barrotes de la reja, gritó furioso:

—Es necesario que nos suelten! No podemos continuar aquí. A usted le consta que nos detuvieron por una sola noche y ya llevamos tres días encerrados...

No era posible continuar la lectura con aquellos gritos y como, por otra parte, el carcelero comprendía que tenían razón, dejó de leer para rascarse la cabeza muy pensativo.

—¿Qué quiere usted que haga yo? El Presidente Municipal es el único que puede ponerles en libertad y resulta que se ha ido a los campamentos. No tienen más remedio que quedarse aquí hasta que vuelva.

Demetrio se acercó a su amigo, con quien cambió una mirada de inteligencia.

—¡Pues si se ha ido a los campamentos, ya no volverá! —dijo Gerardo desanimado.

—¿Quién sabe?—replicó el carcelero—. Mi cuñado se fué allí hace un mes y dice que está ganando mucho dinero. Las compañías pagan veinte y treinta dólares diarios.

Gerardo hizo un gesto de mal humor.

—¡Veinte y treinta dólares diarios... y uno aquí en el chiquero!

Como que no era la primera vez que escuchaba las lamentaciones de los dos jóvenes, el carcelero se levantó de su banco, descolgó la chaqueta del clavo, dobló el periódico y dijo:

—Cada uno piensa que está más incómodo que otro... acuéstense y no se preocupen más, finalmente no se han de quedar en la cárcel.

El viejo se puso a andar con su habitual lentitud y pronto se perdió su figura en las sombras del corredor. Cuando, al fin, le perdieron de vista, Gerardo, muy nervioso, oprimió el brazo de su compañero, llevándolo hasta la ventana.

—No podemos perder tiempo. Ponte a trabajar en seguida.

—Te convendría que te dejara aquí para toda tu vida y así aprenderías a no meterte en líos —repuso Demetrio malhumorado.

No le hizo caso Gerardo y acercándose a la ventana examinó el estado de los barrotes, que ya no ofrecían gran resistencia.

—Has trabajado bien, Demetrio; con un poco más estaremos libres y ya puede el Presidente Municipal ahogarse en un pozo de petróleo. No lo necesitaremos para que firme nuestra libertad.

Los dos viejos reclinos habían terminado su partida. Uno estaba echado en el camastro, el otro sentado. Fumaban tranquilamente sus colillas y sus ojos expresaban un extraño asombro al ver el afán que tenían aquellos jóvenes para huir de la cárcel.

Demetrio cogió la guitarra que estaba colgada, la agitó con precaución y cayó una lima al suelo. La recogió y se la metió en el bolsillo.

—Dentro de un rato estaremos libres —dijo Gerardo después de haber examinado el pasillo y cerciorado de que el carcelero no volvía.

—¿Por qué queremos estar libres? —preguntó Martín, y le apoyó en la idea su viejo compañero.

—Váyase usted con su amigo —dijo Pedro—, y que pronto lleguen adonde van.

—Ustedes deben escapar con nosotros—exclamó Demetrio—, porque si se quedan les acusarán por cómplices y les impondrán más pena.

—¡Tanto mejor!—exclamó Pedro—. ¿Dónde encontraríamos que nos dieran de comer sin hacer nada?

Le chocó a Gerardo la frase del cínico vagabundo.

—¡A lo mejor tienen razón! Si ustedes quieren quedarse, se quedan, y ahora cada uno a su trabajo —dijo con tono imperativo.

Pedro y Martín se levantaron del camastro y a él se subió Demetrio para proseguir en el limaje de la reja. El primero cogió el cacharro del agua y con mucho cuidado iba vertiendo agua sobre el barrote para evitar el ruido de la lima. Martín, con toda naturalidad, se colocó junto a la reja para vigilar el posible regreso del carcelero.

Gerardo cogió la guitarra y se puso a cantar.

## DUENA DE MI AMOR

### Corrido

¡Ay, cómo sufre mi pecho enamorado  
la cruel condena de no estar a tu lado,  
mis labios buscan con ansia tu boquita.

¡Ay, morenita, la dueña de mi amor.

Miro en mis noches aquel par de luceros  
y veo que tiemblan como que han de llorar,  
si en mi pecho tiembla apasionado  
mi corazón queriéndote llamar.

### Estrillo

¡Qué chulos son tus ojos, morenita!

¡Qué chulos son los sueños de mi amor  
pero es más chula tu linda boquita!

¡Ay, morenita, me has robado el corazón!

Qué chulos son, etc.

Inútilmente mis sueños me traicionan,  
miró otros ojos queriéndote olvidar,  
aquí en el alma yo llevo tus ojitos  
tan guardaditos que no podré olvidar.

Inútilmente tu nombre va a mis labios,  
linda prietita, comprende mi dolor,  
de mi ilusión tú sólo eres la dueña,  
estoy sufriendo tan tófo por tu amor.

Gerardo repetía la canción, nervioso, porque le parecía que su amigo no acabaría nunca. Lentamente se acercó a la ventana y sus ojos brillaron de entusiasmo al ver lo adelantado que estaba el trabajo.

El carcelero inició su última inspección y Martín, al darse cuenta de quién se acercaba, hizo un gesto sin apenas moverse, pero fué suficiente para que Pedro y Demetrio adoptaran una postura inocente en el mismo sitio donde se hallaban.

El carcelero miró su reloj y se acercó a la reja.

—Ya saben que a las nueve se acabaron las cantaderas —y, con un gesto amistoso, se despidió.

Continuó Gerardo su canción en tono bajo, abstraído. Demetrio fingía dormir profundamente y Pedro bebía agua en un rincón.

Martín, desde su atalaya, seguía con la vista al carcelero y cuando vió que ya se había perdido por los corredores del otro extremo, dijo:

—¡Pueden continuar!

No fué necesario repetir la orden. Cada uno volvió a su lugar y pocos minutos después Demetrio hizo una seña a Gerardo para que dejara de cantar. Aquél cogió su chaqueta, se puso la lima en el bolsillo y se dispuso a escapar. Gerardo acudió a la ventana ansioso.

—¿Podremos pasar por aquí? —preguntó.

—Yo, sí! —aseguró Demetrio seguro y satisfecho—. ¡A ver si tú puedes también! Te esperaré en los campamentos de petróleo. ¡Hasta la vista! —y sin vacilar ni un instante, separó los barrotes de la ventana y salió por el hueco que dejaban.

Gerardo cogió la guitarra dispuesto a seguir a su amigo. Miró a los dos vagabundos sonriendo.

—¡Hasta otro día, amigos! ¡Muchas gracias por su ayuda!

—¡Que tengan mucha suerte! —dijo Martín algo emocionado, sin preocuparse de la situación comprometida en que quedaban y sin ocurrirsele, ni tampoco a Pedro, que podían seguirles.

### ORO NEGRO

En los terrenos donde se había descubierto el petróleo la actividad era grande y eran varios los campamentos que habían iniciado sus trabajos con gran entusiasmo.

Hombres de todos lugares y climas habían acudido allí en busca de trabajo y se apretujaban ante la puerta de las oficinas donde se veía un letrero que decía: «Faltan trabajadores.»

Se les había prometido el pago en dólares y había resultado una frase mágica.

Al igual que las tierras de California se vieron invadidas por los buscadores de oro, la afluencia de aventureros y hombres de todas las razas, credos y clases, era incalculable en Tampico, ansiosos de extraer de las entrañas del suelo el oro negro que salía por las bombas ante sus ojos asombrados e incrédulos.

La tierra prodigaba un nuevo filón, que pronto se convirtió en monstruo que arrebató vidas, suscitó envidias y convirtió en asesinos a hombres de pocos escrúpulos.

José Enrique Irigoyen, de nacionalidad argentina, corría el riesgo de ser víctima de aquellos poco escrupulosos porque su manera de trabajar era distinta a la de ellos. Irigoyen había llegado a Tampico con el honrado propósito de establecer una industria e invirtió parte de su dinero en adquirir un terreno para levantar un edificio. Cuando ya se disponía a empezar la cons-

trucción, llegó hasta él el rumor de que en los terrenos vecinos se habían descubierto yacimientos de petróleo, que dada su escasez en aquel momento, valían una fortuna.

No le costó mucho comprobar que en su propiedad también existía el preciado líquido, y en lugar de construir una fábrica determinó explotar la riqueza que la suerte había puesto en sus manos. Horadó pozos e hizo las instalaciones necesarias, improvisando oficinas en una rústica construcción de madera.

Su carácter decidido y enérgico, de hambre acostumbrado a defenderse sin la ayuda de nadie y salir airoso de todo contratiempo por su propio esfuerzo, lo mantuvo alejado de las sociedades que controlaban la mayor parte de los campamentos, creándose enemistades.

No dió al principio importancia a las amenazas que indirectamente le dirigían; pero poco a poco la situación fué haciéndose más difícil y un fenómeno inexplicable, la falta de mano de obra, le obligó a paralizar sus trabajos. No tardó en saber que todo hombre que se acercaba a solicitar trabajo en su campamento era amenazado de muerte y en más de una ocasión la amenaza se había convertido en hecho.

No convenía a los demás explotadores de los terrenos, que unidos lograban pingües beneficios, un ser independiente, como Irigoyen, y se propusieron obligarle a abandonar el campo. Pero los del trust no contaban con su tenacidad. Su espíritu luchador se sublevó ante la injusticia de que era objeto y se encontró ante una guerra que por solapada era mucho más peligrosa. Más de una vez sus enemigos enviaron emisarios a hacer proposiciones de compra, que él rechazaba indignado. Le parecía muy sospechosa la actitud de que la única autoridad de los campamentos, los guardias blancos, no le defendían, al contrario, parecía que esperaran el momento propicio para caer sobre él.

Una mañana, Irigoyen se encontraba en su oficina y no se presentó un solo obrero a pedir trabajo. Era indudable que sus enemigos habían triunfado, porque sin trabajadores le era imposible hacer funcionar los pozos. José Enrique se paseaba con el ceño fruncido por su campamento llevando en la mano un plano de sus propiedades para comprobar la exactitud de los datos sobre el mismo terreno.

José Enrique Irigoyen era un hombre joven todavía, atlético, con cierta prestancia y atractivo físico. Su aspecto sencillo no descubría el indomable carácter que se ocultaba tras sus amables palabras y apariencia inofensiva.

Después del apartamiento de los obreros y al encontrarse solo hizo una minuciosa inspección a los pozos. Observó con tristeza el letrero, aparentemente sin objeto, donde se leía: «La Nacional». Se necesitan trabajadores.

Un solo obrero no le había desertado. Se trataba de Heriberto, un muchacho algo fanfarrón, de buen fondo y simpático. Rara vez desaparecía la sonrisa de sus gruesos labios y unos ojitos negros brillaban con malicia. La frente angosta terminaba en el cabello áspero y negro peinado con poco cuidado. Un rostro moreno, curtido por el sol, no ocultaba el buen color de sus mejillas. Era ancho de hombros y de estatura regular. Bajo esta ruda apariencia se escondía un corazón sentimental y habiendo cobrado afecto al patrón no pensaba apartarse de él a pesar de todas las amenazas. Seguía acompañándole en su soledad y aunque empezaba a inquietarse por el cariz que tomaban los acontecimientos, no revelaba su temor y seguía sonriendo.

Llegó al campamento y saltó la valla que lo separaba del camino.

—¡Don José Enrique! —gritó alegremente.

—¿Qué hay, Heriberto?

El peón se rascó la cabeza indeciso antes de hablar. Dió una mirada al desierto campo donde todo era quietud e inactividad.

—Nada, patrón —dijo al fin—, he venido a ver si hay esperanzas de trabajar.

—Ya puedes ver que no.

La respuesta, aunque dicha en tono enérgico, iba envuelta en desaliento.

Heriberto hizo un gesto amenazador con los puños cerrados.

—Yo, en su lugar, no me dejaría vencer por esos desgraçados, patrón.

José Enrique le miró con expresión de asombro. Era fácil decir lo que había dicho el peón, pero resultaba difícil ponerlo en práctica. El pánico había cundido entre el elemento trabajador y él se encontraba atado de pies y manos. Si tan sólo él pudiera

contar con un puñado de hombres decididos, la cosa sería distinta, pero ya descontaba de poder encontrarlos.

Conocía el carácter fanfarrón de Heriberto y también sabía que le era adicto y lo apreciaba, pero comprendía que ellos dos solos no podían nada contra todos. No pudo menos que sonreír, cuando oyóle decir:

—¡Ya sabe que puedo contar conmigo para todo lo que sea necesario!

—Nunca lo he dudado, Heriberto; pero son muchos contra nosotros, ya ves que he luchado sin descanso y todavía ahora no me doy por vencido.

—Y hace bien, esto no puede seguir así... Si algo puedo hacer yo...

—¡Gracias!

Sus ojos se detuvieron en los pozos y sus oídos percibían el ruido de los campamentos vecinos en plena actividad. Sus puños se cerraron con coraje y exclamó furioso:

—Si tan sólo encontrara cuatro hombres resueltos a todo, ¡volverían a trabajar los pozos de «La Nacional»!

Heriberto escuchó las palabras de su amo y se rascó la cabeza pesimista.

—¡Cuando a uno se le pone la suerte de espaldas! Si usted me autoriza, voy a buscar esos hombres que necesita, sin esperar a que vengan...

—No creo que los consigas, Heriberto, les han amenazado de muerte si vienen a trabajar conmigo, y esto es muy serio.

José Enrique, cabizbajo, se alejó unos pasos y Heriberto, sin decidirse a marchar, siguió tras él.

—La última voz que jugué fué el día de mi sento —dijo tristemente—. ¡Qué largo es un mes! ¿Verdad, patrón?

La intención de la frase, aunque dicha con cierta inocencia, hizo volver el rostro a José Enrique, en cuyos labios se dibujó una sonrisa. Pensó que Heriberto era la única persona que permanecía adicta a su causa y que por él exponía su vida con valentía. Observó la expresión sumisa del joven, quien se ruborizó al darse cuenta de que sus palabras habían sido bien interpretadas.

—¿Estás sin un centavo? ¿Eh? —preguntó zumbón, mirándole a los ojos.

El peón no se atrevió a responder. Nerviosamente metió las manos en los bolsillos y se disponía a marchar cuando un gesto de su jefe lo detuvo. De su cartera sacó unos billetes y los dió al muchacho.

—Tómalos, esto te servirá de algo.

Vaciló un instante. Sus ojos fueron del rostro de su patrón al dinero y al fin lo tomó.

—Gracias, don José Enrique. No por el dinero que me da, sino porque ya sabe que se lo digo de todo corazón, cuente conmigo para todo lo que se le ofrezca.

—Ya lo sé, Heriberto, y ahora me voy porque quiero terminar este plano.

—Y yo, aunque parezca difícil, me marcho a buscar trabajadores para «La Nacional».

José Enrique sonrió incrédulamente.

—Bueno, ya nos veremos más tarde —dijo el patrón alejándose lentamente hacia las oficinas.

Heriberto le vió marchar y se dedicó a la deliciosa tarea de averiguar la cantidad de billetes que le había dado.

—¡Ojalá me encontrara ahorita con el «Tuertito» y todos los guardias blancos, para ver cómo nos despachábamos! —dijo para sí satisfecho.

Cuando terminó la operación de contar, guardó el dinero en el bolsillo, saltó de nuevo la valla y empezó a cantar.

—El «Tuertecito», el «Tuertecito», ya no puede caminar, porque su padre, porque su padre...

## EL «TUERTO»

El canto se ahogó en la garganta de Heriberto. A pocos pasos de distancia, como si lo hubiese invocado, el propio «Tuerto», acompañado de otro hombre, se dirigía al campamento.

Belén de nombre y apodado el «Tuerto», era un tipo repulsivo. En su rostro, de rasgos vulgares, sólo habían expresiones cínicas y gestos bestiales. En el único ojo sano que le quedaba brillaba la maldad y sus labios, gruesos y amoratados, cubrían unos dientes manchados y afilados como los de un lobo. Andaba con las manos en los bolsillos; tenía un aire insolente y antipático.

El que le acompañaba era don Fabio, cuyo aspecto tampoco era tranquilizador. Quería ser amable, pero su semblante reflejaba hipocresía y ambición. Sus ojos, claros e inquietos, nunca miraban de frente. Una sonrisa irónica, de superioridad, le convertía en un ser desagradable. Vestía con pulcritud, casi con elegancia y se adivinaba su empeño en aparentar ser una persona distinguida en lugar de un hombre rudo, a pesar de hacerse acompañar de gentes dudosas como el «Tuerto».

Al ver a Heriberto se detuvieron un momento. Aquél, sobresaltado de pronto, quiso dar a su semblante una apariencia tranquila.

—Le veo muy contento, amigo —exclamó el «Tuerto» intencionadamente, haciendo un gesto amenazador. ¿Qué anda haciendo por aquí?

—Pues, nada. Dando la vuelta —contestó con indiferencia, aunque la agresividad del «Tuerto» le intimidaba.

—¡A ver si yo le doy la vuelta con un par de plumas! —dijo el «Tuerto» parándose frente a él y obstruyéndole el paso.

—¡Déjeme salir! —gritó irritado Heriberto al ver que el malvado sacaba la mano del bolsillo y le ponía la pistola sobre el pecho. ¡Soy hombre de paz y no hago daño a nadie!

—¡Ya sabe que está prohibido trabajar aquí! ¡Y no va a ser

usted el que se escape si quiere hacer una cosa que no me guste!

—¿Trabajar? —dijo Heriberto con desdén— yo sólo vine a saludar a mi patrón.

—Está bien... pero de las órdenes del «Tuerto» no se ríe nadie, ¿Entendido?

Se apartó al acercarse don Fabio, y Heriberto aprovechó el momento para salir al camino.

—¿Está don José Enrique? —preguntó cortésmente don Fabio sin darse por enterado de la conversación del «Tuerto».

—Sí, don Fabio, pero está muy ocupado —contestó Heriberto.

José Enrique apareció en la puerta de su oficina. Don Fabio hizo una seña al «Tuerto» y los dos se dirigieron adonde se hallaba el propietario de «La Nacional».

Entraron los dos visitantes, cuyas intenciones conocía sobradamente, y frunció el ceño con desagrado. Don Fabio había entrado primero y el «Tuerto», después de cerrar bien la puerta, se sentó en la escalerilla.

—Buenos días, don José Enrique —dijo don Fabio.

—¿A qué viene usted aquí? —preguntó secamente Irigoyen.

—Andaba por aquí cerca y pensé que no sería malo pasar a saludarle —repuso con estudiada cortesía para iniciar la conversación.

Tendió la mano a José Enrique y éste pretendió no darse cuenta, ocupado en enrollar un plano. No se dió por ofendido y sonrió de nuevo.

—Pues, sí, pasé por aquí y quise hablarle...

José Enrique se volvió hacia él con agresividad.

—¿Sí? Y quiere también insistir en que les venda los pozos, ¿no?

Don Fabio comprendió la intención que había en la frase, pero aprovechó la oportunidad que le brindaba.

—Mire usted, don José Enrique... Vengo a verle como amigo, para ayudarlo a salir del atolladero en que se encuentra. «La Nacional» no podrá trabajar. Es mejor que se deje de cuentos y venda esos tres pozos de una vez. ¡Ya le doblan la oferta, y es mucho dinero, don José Enrique!

A duras penas contenía la ira. Sus enemigos consideraban que

el momento oportuno había llegado y que se resolvería a claudicar.

—¿De modo que me aconseja que venda?

—¡Claro! —dijo convencido— usted y yo somos hombres prácticos y sabemos que el que manda... manda.

—¡Sí, son fuertes —aceptó con ironía—; hace un mes que no dejan llegar aquí a ningún trabajador! ¿Suponen que no será posible conseguir trabajadores para mis pozos?

—Si le he de ser franco... no habrá ningún valiente que se arriesgue a exponer el pellejo por usted. Me asombra su obstinación. Los hombres debemos saber perder y en este asunto le ha tocado perder a usted.

—Entonces, ¿usted sabe que el trabajador que venga a trabajar en «La Nacional» está amenazado?

—¿Quién no lo sabe? —se apresuró a decir don Fabio, contrariado por haber descubierto parte de su juego.

—Mire usted, don Fabio, ¿ve esos pozos? Pues estoy resuelto a volarlos si no me dejan trabajar.

Un poco atemorizado por la energía demostrada y por sus palabras, intentó ganar el terreno perdido.

—Creo que exagera, amigo mío! Esos sentimentalismos no debe tenerlos un hombre de negocios como usted. Si analiza la situación con calma, verá que le conviene vender los pozos.

—¡No, señor! —aseguró de nuevo José Enrique con toda su energía— estoy decidido y no me apeo de ahí por nada ni por nadie. Dígalo así a quienes le enviaron a amenazarme.

—No me han mandado; he venido como vecino y con la mejor intención del mundo. Tampoco le amenazo.

—¿Entonces, por qué ese empeño en aconsejarme que venda, si no va a sacar usted ninguna ventaja?

—Alguna vez puede hacerse algo desinteresadamente, ¿no cree?

José Enrique le dirigió una mirada burlona que obligó a don Fabio a bajar los ojos.

—Tengo mis dudas sobre su desinterés.

A don Fabio le molestaba el gesto de superioridad e indiferencia de aquel hombre ante un peligro que no desconocía. Desde un principio había demostrado Frigoyen que era un valiente y su

actitud estorbaba y perjudicaba los negocios del trust. Aquella visita era la última tentativa de acercamiento y él la rechazaba; no sería la culpa de los demás si Irigoyen se empeñaba en sostener una lucha desigual que de antemano tenía perdida. La oferta que le hacía para sus pozos era exorbitante, para tentar a cualquiera y él, haciendo un alarde de hombría, amenazaba con volarlos, si no le dejaban trabajar. A don Fabio le pareció un poco presuntuosa aquella afirmación, pero se propuso no insistir más. Volvió el rostro hacia el «Tuerto», cambiaron una mirada burlesca y don Fabio, como dándose por vencido, exclamó:

—¡Está bien! ¡Usted sabe lo que se hace, don José Enrique! ¡Yo cumplí como amigo! —y don Fabio se dirigió a la puerta seguido por el «Tuerto».

—¡Adiós, don José Enrique, y ojalá consiga trabajadores! —exclamó el «Tuerto».

Irigoyen apretó los puños contra la mesa y se contuvo con esfuerzo al escuchar al insolente villano. Sus ojos se ensombrecieron y tiró con rabia el lápiz que conservaba en la mano. No era, como decía don Fabio, sentimentalismo. Si otro le hubiese propuesto el negocio, tal vez lo habría considerado posible, pero la injusticia de que era objeto le hacía rebelarse.

—¡Me defenderé hasta el último momento! —murmuró con ira— y si pierdo, cumpliré lo que dije a ese ladrón: los pozos no serán del trust, ¡los volaré!

## GRAN CASINO

Un gran local, con piso de mosaico, donde las mesas estaban colocadas muy cerca unas de otras, un tablado al fondo, donde se veía un piano y unas sillas dispuestas para la orquesta. Del alto techo pendían las lámparas; a la izquierda, la cantina, con un largo mostrador y unas estanterías en las que se alineaban infinidad de botellas con licores de diversos colores y etiquetas de todas clases. Las paredes se adornaban con algunos espejos.

Al fondo se veía una escalera que conducía a la sala de juego y a las habitaciones altas.

La construcción era rústica e improvisada, como lo es siempre en esas ciudades que se crean alrededor de los campamentos de petróleo y donde la actividad no permitía gastar el tiempo en construcciones sólidas y caras. A pesar de sus grandes dimensiones, Gran Casino era insuficiente para contener a la numerosa concurrencia que lo llenaba cada noche. Era la única diversión que existía para los trabajadores de los campamentos petroleros. En él se mezclaban el patrón y el obrero bebiendo muchas veces el mismo vino y codiciando a la misma mujer. El público era heterogéneo y, sin embargo, parecía estar a sus anchas entre el bullicio de palabras fuertes, las disputas, el humo de los cigarrillos que por momentos hacía irrespirable el aire, y la música era estridente y ramplona. Allí cada uno se divertía a su gusto, sin mirar al vecino de mesa, aunque tocaran codo con codo. Nunca había un asiento vacío y el servicio tenía que prolongarse hasta la madrugada. La misma animación se observaba en las salas de juego. Ruleta, bacarat, las mesas donde las barajas se ofrecían a los jugadores, eran solicitadas y disputadas.

El propietario de este tugurio era el famoso don Fabio y se había enriquecido tanto como los petroleros, pero explotando el vicio y haciendo entrar hacia sus arcas los dólares que tan duramente se ganaban en los campamentos. Su irónica sonrisa, malvada la mayor parte de veces, se dibujaba en sus labios al ver los llenos que hacía todas las noches. Don Fabio gozaba de gran estimación entre los magnates de la industria petrolera y esto era el motivo que le brindaba el apoyo incondicional de todos y hasta el respeto de la autoridad. Vestía irreprochablemente, con el pelo entrecano peinado con pulcritud, siempre atento para servir a su numerosa clientela lo que le obligaba a permanecer en pie toda la noche, sin aparente fatiga. Durante el día en que la concurrencia no era tan numerosa se ausentaba muchos ratos. La mañana en que visitó a José Enrique, acompañado del «Tuerco», apenas había nadie en la sala de juego. Ante la ruleta se veían algunos jugadores, ajenos a todo lo que no fuera aquella bolita que podía darles la fortuna o arruinarles. La raqueta del

«croupier» empujaba o atraía los billetes, mientras con voz monótona repetía la consabida frase:

—Hagan juego, hagan juego...

La mesa del bacarat estaba más concurrida. Había ante ella hombres bien vestidos y obreros con el sucio traje de trabajo, que se rozaban sin sentirse molestos. Después de pensarlo mucho, Heriberto decidió arriesgar una parte del dinero que le había dado José Enrique, siempre con la esperanza de multiplicarlo. Vaciló ante distintas mesas y al fin se acomodó ante la ruleta. Lo vio Nanette, una francesa que pertenecía al establecimiento, y con una sonrisa de satisfacción fué a sentarse a su lado. Nanette ya había dejado atrás su primera juventud. Rubia artificial, se peinaba con unos ricitos sobre la frente; tenía la piel blanca y las arrugas la habían respetado, aunque en la comisura de sus labios se formara alguna indiscreta, que ella trataba de ocultar bajo los polvos y el colorete. Era bella todavía, con ojos claros que obscurecía con el retoque y avivaba las cejas con el lápiz castaño. Su persona tenía cierta distinción, pero la anulaba con sus palabras y ademanes ordinarios. Había llegado a aquel puerto desde su patria por una causa que ni ella recordaba y permanecía en Gran Casino ocupada en atender a la concurrencia y en substraerles todo cuanto podía; ocupación lucrativa aunque peligrosa; pues le había valido no pocas bofetadas e insultos. Tenía un carácter jovial, un poco ingenua, cosa que la había privado de progresar en un país donde todos ganaban dinero. Se la consideraba una persona inofensiva, y desde que conoció a Heriberto, no hacía caso de los demás. Se encogía de hombros cuando sus compañeras de oficio le hacían ver que con aquel pobretón no sacaría nunca nada de provecho; y aunque esto era la verdad, ella continuaba con sus preferencias por él. Contenta al verlo, le dió una palmada en el hombro.

—¿Vas a jugar? — preguntó asombrada.

—Sí, tengo la corazonada de que voy a hacerme rico.

—¿Ya tienes trabajo? — preguntó asombrada al ver los billetes.

—No, pero no seas curiosa y confórmate con la idea de que si gano te compraré aquellas perlas falsas que tanto te gustaron...

— ¿De veras? — exclamó entusiasmada, besando la mejilla de Heriberto.

Ansiosa, siguió el juego en silencio, llevándose una decepción cada vez que la bolita caía en un número distinto al que había apostado Heriberto.

Una, dos, tres veces apostó Heriberto en números distintos para perder cada vez.

— Es inútil; cuando la suerte no quiere, más vale dedicarse a matar moscas.

— No te desanimes, Heriberto: una vez yo gané en Argel después de haber perdido toda la noche.

— ¿Cómo lo hiciste?

— Se quemó el casino y todos huyeron. Yo me llevé el dinero: fué un martes, 13, me acuerdo perfectamente.

— Pues ahí va mi último billete, a ver si arde el casino.

Un grupo de mirones se encontraba detrás de Heriberto. El humo de los cigarros enrarecía el aire; las apuestas, el ruido de las copas, las conversaciones y el entrar y salir de gentes animaba la sala.

Después de su feliz huida de la cárcel, Gerardo y Demetrio habían llegado a Tampico ansiosos de encontrar la fortuna en los campamentos petroleros. Su primera visita fué para Gran Casino, donde contaron en que allí habría gente que les podría orientar. La animación en la mesa donde se hallaba jugando Heriberto les atrajo y se situaron tras él para observar el juego.

Nanette aprovechó una distracción del «croupier» para apoderarse de tres fichas. Sonrió satisfecha al creer que nadie la había observado y mucho menos Heriberto, que estaba pendiente de la ruleta. Cuando ya iba a guardarlas para hacerlas servir más tarde, una mano de hierro cayó sobre la de la francesa, y Gerardo con desprecio exclamó:

— ¡Deja esto, bribona!

Asustada de momento, soltó las fichas con un mohín de desagrado. Heriberto se dió cuenta al instante de lo que había intentado su compañera, y mirándola despectivamente le dijo:

— ¡Nanette, no tienes remedio! ¡Eres la ladronzuela más grande de todos los campamentos!

Miró a los tres hombres con sus claros ojos y quiso disculparse.

— No soy ladrona. El doctor dice que tengo una enfermedad que se llama cleptomanía.

Heriberto miró a la bola y luego volvió a Nanette extrañado.

— ¿Qué? ¿Calcomanía?

— ¡Cleptomanía! — repitió la francesa desdeñosa al darse cuenta de la ignorancia de su amigo.

— ¡Lo que sea! — dijo Heriberto sin inmutarse —; pero el caso es que el dinero no abunda y tú tan... ¡enferma!

El «croupier» cantó un número que ni de lejos era el de Heriberto. Se levantó sin hacer caso de la invitación a repetir el juego que imperiosamente daba el «croupier» y abandonó la silla donde había estado sentado casi una hora. Se volvió hacia Gerardo y su compañero.

— ¡Bueno! Lo mejor será dejar el sitio a esos señores. Muchas gracias, amigo; si no hubiese sido por usted... — dijo mirando a Nanette con mirada rencorosa.

— ¡De nada! — respondió Gerardo —; como uno está aquí de mirón...

— Le invito a tomar una copa — y con mucha cortesía se quitó el sombrero y le ofreció la mano —. Heriberto León, para servirle — dijo presentándose.

Sonrió Gerardo, simpatizando al instante con aquel muchacho, y le estrechó la mano.

— Gerardo Ramírez, servidor, y mi amigo y compañero Demetrio García.

— También a usted le invito — dijo Heriberto cordial.

Se dirigieron a la cantina sin hacer más caso de la francesa, que se había quedado pendiente de la ruleta.

— ¡Tres copas de ron! — dijo Heriberto —. ¿Cuánto tiempo llevan ustedes en los campamentos?

— Sólo dos días — respondió Demetrio.

— ¡Dos días que valen por veinte! — se lamentó Gerardo.

— ¿Por qué?

— Porque los cuatro pesos que traíamos se terminaron en la primera y única comida. Veníamos aquí tan seguros de que inclu-

si los mendigos se hacían millonarios, y resulta que ni trabajo hemos encontrado.

— ¿No sabría usted de algún trabajo? — interrogó Demetrio.

— De lo que sea — interrumpió Gerardo.

Heriberto ladeó su sombrero, se rascó la cabeza y meditó. Observó a sus nuevos amigos, y como si el examen hubiese sido satisfactorio, dijo resuelto:

— Casualmente mi patrón anda buscando trabajadores. Es argentino y una bellísima persona; pero no dejan trabajar sus pozos.

— ¿Y qué nos importa aunque sea árabe? Lo que queremos es trabajar.

La cabeza de Heriberto sufrió varias rascadas, y muy turbado bajó los ojos.

— ¿Para qué decirles mentiras? ¡El trabajo tiene sus riesgos! — exclamó con honradez.

— ¿Pero se trata de un trabajo... legal? — preguntó Demetrio mirándolo inquisitivamente.

— ¡Legal y legalísimo! — contestó con cómica seriedad —; pero tienen amenazado al que vaya a trabajar a «La Nacional».

— ¡No entiendo bien esto! — dijo Gerardo intrigado —. ¿Por qué todo eso?

— Pues porque quieren obligar a mi patrón a que les venda sus pozos y él no piensa hacerlo... ¿Comprende ahora?

— ¡Ya... ahora sí! Algo hemos oído de esto. ¿El quiere ser independiente en su trabajo?

— ¡Eso mismo!

— Entonces lo que hace falta son trabajadores...

Heriberto asintió mientras bebía su ron.

— Pues yo me encargo de conseguirlos, y ¡a ver quién me lo priva! — exclamó Demetrio.

Con admiración y alegría miró Heriberto a sus dos compañeros. Ya se imaginaba la alegría de don José Enrique al saber que aun quedaban hombres capaces de enfrentarse con sus enemigos.

— Si así fuera, ¡qué contento se pondría mi patrón! ¿Qué sabe usted hacer? — preguntó Heriberto a Demetrio.

— ¡Soy mecánico!

— ¿Y usted? — dijo mirando a Gerardo.

— ¡Soy un hombre! — le respondió.

—¡Un mecánico..., un hombre... y otro hombre— dijo Heriberto golpeándose el pecho—, aunque me esté mal el decirlo!

Dió un puñetazo al mostrador con cierta fanfarronería y exclamó:

—¡Amigos míos! Han hecho su fortuna al encontrarme a mí— Brindó con dignidad y suficiencia, correspondiéndole Gerardo y Demetrio.

No les fué difícil comprender que Heriberto era un buen muchacho, un fanfarrón de buena ley. Minutos después abandonaban Gran Casino para dirigirse a las oficinas de «La Nacional», donde encontraron a José Enrique intentando distraerse dibujando un plano minuciosamente.

Heriberto introdujo a empujones a sus dos amigos ante el asombro del argentino al ver la excitación casi febril de su peón. Atropellando sus propias palabras, Heriberto explicaba:

—¿Se acuerda de lo que me dijo esta mañana, don José Enrique? ¡Pues aquí le traigo lo que necesita!

No comprendía bien José Enrique de lo que se trataba, pero al observar a Gerardo y a su compañero, creyó adivinar y les miró con interés.

—¡Quieren trabajar! —dijo triunfante Heriberto—. Estos dos paisanos andan buscando trabajo. Ya saben de lo que se trata y están resueltos a todo. Con ellos y conmigo ya tiene tres con que empezar, aunque sea poco a poquito.

—¿Han estado alguna vez en un campamento? —preguntó José Enrique animado de pronto. Fijó en ellos sus ojos y luego en su peón demostrando admiración y reconocimiento.

Sin darles tiempo a contestar, Heriberto se explicó:

—En un campamento, no; pero Gerardo... anduvo en las revueltas y echó más balazos que pa-qué, y este otro es mecánico de los buenos, entiende en todo, con que ya verá usted.

—Siéntense —dijo José Enrique muy cordial.

Los dos hombres obedecieron quedando frente a él ante la mesa, mientras Heriberto se colocaba al lado de su patrón con aire satisfecho.

—¿Dónde estuvieron ustedes antes de venir aquí?

Gerardo y Demetrio se miraron indecisos.

—¿Dice usted, antes de venir aquí? Estuvimos en varias partes.

—La última donde estuvimos fué en la cárcel —dijo Gerardo con decisión.

El silencio permitía oír el vuelo de una mosca. José Enrique mostró visible desconfianza.

—¿Es la pura verdad! ¿Qué le vamos a hacer? —dijo Gerardo.

—Un lío sin importancia. ¡Ya sabe usted cómo son los muchachos!

—¿Cuestión de faldas...? —interrumpió comprensivo José Enrique mirando a Demetrio y sorprendido del tono paternal que empleaba siendo muy joven todavía. Pensó un momento en su situación y volvió a su memoria la escena de horas antes con don Fabio y el «Tuerto». Las últimas palabras de éste le hicieron hervir la sangre y le alteraron el pulso. Miró por la ventana desde donde se veían los pozos abandonados. Su espíritu luchador sintió más que nunca el deseo de vencer y una expresión decidida apareció en su semblante.

—Después de todo, no estoy en condiciones de exigirles cartas de recomendación y confío en ustedes. ¡Me gusta su sinceridad! Heriberto estaba entusiasmado.

—Tengo que advertirles que los que trabajan en «La Nacional» están amenazados —se creyó en el deber de advertir José Enrique—. Este no es un trabajo como todos.

—¡Ya lo sabemos! —admitió Demetrio tranquilamente.

—¿No les preocupa?

—No, nadie se muere en la víspera —dijo Gerardo sonriendo—. He visto a la muerte mil veces cerca de mí, y ya ve, aquí estoy aún.

—Si usted quiere, mientras yo preparo las bombas de los pozos, Gerardo puede ir a contratar gente.

—Si no es más que esto, estoy dispuesto a tenermelas con quien sea. ¡En peores me he visto! —exclamó Gerardo.

—¡Ya le dije que éramos tres valientes! —exclamó Heriberto satisfecho.

—¡Expone usted el pellejo! —volvió a decir José Enrique a Gerardo, pues no desconocía el peligro de la empresa que iba a intentar.

—No se preocupe por mi pellejo. Este me durará hasta que llegue mi hora; ya le he dicho que nadie se muere en la víspera.

La determinación de Gerardo convenció a José Enrique, quien se levantó y los otros tres le siguieron.

—¡Bien! Acepto sus servicios, ¡veo que son dos hombres de cuerpo entero! —y le tendió la mano.

—¡Eso, don José Enrique! ¡Ya verá usted cómo todos juntos fastidiamos a los del trust! —exclamó Heriberto, loco de satisfacción.

### «NO HACEN FALTA TRABAJADORES»

El rótulo que hacía días pendía de la valla de «La Nacional» había sufrido un cambio importante: ahora anunciaba a los cuatro vientos que ya no precisaban más trabajadores. ¿A qué se debía la variación? ¿Había desaparecido la amenaza? ¡No! Lo ocurrido era que Gerardo, a veces acompañado de Heriberto y otras veces solo, había recorrido varios pueblos para contratar trabajadores y los había encontrado. Pocas veces se equivocó en su elección. Tenía una certera visión para conocer quiénes eran capaces de hacer frente a los enemigos de José Enrique. Por otra parte, muchos desocupados, al darse cuenta de que llegaban forasteros a trabajar, sin temor a nada ni a nadie, a «La Nacional» acudieron también allí, ante la ira y la impotencia del «Tuerto» que lógicamente no podía dedicarse a matar obreros por centenares. Don Fabio se conformó de mala gana con aquella derrota de sus representados y juró tomar venganza cuando llegara la hora. A quien odiaba especialmente era a Gerardo, a quien hacía responsable de su fracaso.

La actividad volvió al campamento abandonado. Los barriles llenos se sustituían por los vacíos sin interrupción. José Enrique se multiplicaba para dar órdenes, enseñar el funcionamiento de las bombas, hablar con Demetrio y atender la oficina. Eran mu-

chos los problemas que le había resuelto el recién llegado mecánico. Sus conocimientos eran superiores a cuanto se había imaginado José Enrique y ahora estaba en sus manos el oro negro que producían los pozos. Gerardo vigilaba los obreros y se enteraba de todo tomando el lugar de su amigo cuando éste estaba ocupado en otros quehaceres. Se encargaba de pagar los salarios, de amenazar a los sospechosos y de mantener el orden en general.

Una tarde, al terminar el trabajo, José Enrique llamó a sus tres colaboradores y juntos entraron en la oficina. Era otro hombre. Bajó una botella de la estantería y les invitó a sentarse con él. Sirvió generosamente y brindaron.

—¡Por el éxito de sus esfuerzos! —dijo Gerardo alzando la copa.

—¡Y por la ayuda que he encontrado en ustedes! —respondió el jefe satisfecho.

—Eueno —dijo Demetrio con su acento grave de costumbre— creo que ahora ya no habrá quien pueda detener el trabajo en «La Nacional».

Heriberto bebió antes de hablar.

—¡Qué coraje han de tener, porque les dimos en la cabeza!

Se volvieron a llenar las copas. José Enrique se fijó entonces en un sobre que había sobre la mesa.

—Recuérdeme, Gerardo, que mañana debo telegrafiar a mi hermana para que suspenda el viaje.

—¿Iba a venir una hermanita de usted? —preguntó curioso Gerardo.

—Sí —contestó algo nervioso—, precisamente me anuncia en esta carta que llegará dentro de ocho días, en cuanto termine su contrato en Méjico.

—¿Su contrato? —quiso averiguar Heriberto—. ¿Qué hace ella?

—Es artista —dijo lacónicamente.

—Será mejor que venga —dijo Demetrio—, así no estará usted tan solo.

Una sombra de preocupación había hecho desaparecer el optimismo del rostro de José Enrique.

—Eso pensé yo también —dijo—, pero en estas circunstan-

cias sería un verdadero disparate traerla a vivir aquí. Ustedes han visto en un mes que hace que estamos juntos, cuántas dificultades hemos tenido y cómo nos estamos jugando el pellejo.

Permanecieron en silencio. La presencia de una mujer acabaría por complicar aquella situación un tanto azarosa que llevaban ellos. La guerra solapada del trust no había terminado y sus enemigos no se daban aún por vencidos. Era evidente que se vengarían en cuanto pudieran y la joven ofrecería un blanco envidiable.

—¿Es joven su hermana? —preguntó Gerardo.

—Sí, bastante más que yo.

—Y... ¿bonita?

—Al menos a mí me lo parece.

—Entonces es peligroso que venga. ¿Hace mucho que usted no la ve?

—Cuando salí de Buenos Aires era una chiquilla. Pensaba traerla un día a mi lado; pero me establecí aquí y me dediqué a un trabajo duro. Nunca dejó de escribirme y siempre con el mismo cariño.

Los ojos de José Enrique se empañaron al recordar la carita de aquella niña el día en que se despidieron, un rostro lleno de gracia dentro del negro marco de los largos cabellos. Le parecía increíble que hubieran pasado tantos años. Ahora él era casi un mejicano, hasta había cambiado el acento y estilo de sus frases. Un trabajo incesante no le permitía solazarse a menudo en el recuerdo de su tierra. Los tres amigos respetaban siempre su silencio. Tomó la carta en sus manos.

—Oigan esto... «Me siento tan feliz porque al fin voy a ver al hermano que ya me parecía que no existía más que en mi imaginación...»

—Los que uno quiere y la patria nunca se olvidan, don José Enrique.

—No, nunca se olvidan. A veces siento como si nunca hubiera salido de mi tierra y hasta me parece aspirar su olor.

—Es natural —dijo Gerardo—, no hay como estar lejos de la patria para quererla todavía más.

Heriberto se había acercado a una gramola sin ser advertido de los demás. Buscó entre los discos un tango y la música gau-

cha dejó oír sus notas arrebaleras y lentas. Emocionado; el patrón miró a Heriberto con agradecimiento.

—Muy bien, has tenido una buena idea.

Gerardo conocía la canción y comenzó a cantar en voz baja:

### ¡ADIÓS, PAMPA MIA!

¡Adiós, Pampa mía!...

Me voy... Me voy a tierras extrañas.

Adiós, caminos que he recorrido;

ríos, montes y cañadas,

tapera donde he nacido.

Si no volvemos a vernos,

tierra querida

quiero que sepas

que al irme dejo la vida.

¡Adiós!...

Al dejarte, Pampa mía,

ojos y alma se me llenan

con el verde de tus pastos

y el temblor de las estrellas...

Con el canto de tus vientos

y el sollozar de vihuelas

que me alegraron a veces

y otras me hicieron llorar.

¡Adiós, Pampa mía!...

Me voy camino de la esperanza.

Adiós, llanuras que he galopado,

sendas, lomas y quebradas,

lugares donde he soñado.

Yo he de volver a tu suelo,

cuando presienta

que mi alma escapa

como paloma hasta el cielo...

¡Adiós!... Me voy, Pampa mía.

¡Adiós!...

La voz varonil de Gerardo, de suaves inflexiones, sorprendió agradablemente a Irigoyen que miró complacido al joven, Demetrio, orgulloso de su amigo, sonrió enterado, cambiando una mirada con el patrón. De nuevo se llenaron los vasos y al terminar la canción estrechó efusivamente la mano del cantor.

—¡El más gaucho no se la mejora! —dijo Irigoyen admirado sinceramente y ofreciéndole el vaso lleno.

—Gracias, don José Enrique —contestó Gerardo.

—Ahora ya lo sabré para otra vez.

—Para mí es un placer cantar... Siempre que quiera dirme... Demetrio se levantó.

—Bueno, si queremos hacer funcionar las bombas mañana a las ocho, hay que trabajar —dijo aquél con decisión.

—Sí —aprobó el patrón—, eso es lo fundamental, que mañana empiecen a trabajar los pozos. Pero acuérdense que están invitados esta noche para celebrar nuestro éxito.

—Yo no podré —dijo Demetrio excusándose—, tengo que velar.

—Si usted quiere —dijo Heriberto—, yo...

—Sí, tú te quedarás conmigo para ayudarme.

—Bien —dijo José Enrique—, será otra vez. Vendrá conmigo Gerardo, que no tiene trabajo aquí. Iremos precisamente al Gran Casino de don Fabio, ¡a ver qué cara pone cuando me vea!

## CAMELIA

El Gran Casino rebosaba de público. Una concurrencia cosmopolita y ruidosa lo llenaba. Tipos de todos los países ocupaban las mesas, vestidos de todas formas; unos usaban sombreros tejanos, otros panamás, se veían guayabéras, guaripas de palma, finísimas camisas de seda, smockings blancos y negros. Asomaban pistolas y brillaban cuchillos de rica empuñadura. Se oía hablar todos los idiomas, aunque predominaba el español. En las



Uno cogió la guitarra y  
se puso a cantar.



Heriberto, el hombre de  
confianza.



—¡A ver si yo le doy la vuelta con un par de plomazos!— dijo «el Tuerto».



—¡Por el éxito de sus esfuerzos!— dijo Irigoyen levantando la copa.



—Detrás de esta cortina se cuelga la ropa—explicó Camelia.



—¡Para que tengas mucha suerte! — expresó ella alzando la copa.



—¿Sería tan amable de permitirme unas palabras, don Demetrio?



La francesa, aprovechando una distracción de Gerardo, le quitó el alfiler de la corbata.



—¿Qué desea tomar?

—¡No quiero nada, gracias!



—Sigan buscando, en alguna parte les de estar—  
dijo Gerardo irritado.



Don Fabio la invitó a sentarse a su mesa.



—¿Por qué no vamos un rato al Gran Casino—dijo Heriberto.



«El Tuerto», escondido  
tras la cortina del ropero,  
asistía un golpe mortal a  
sus víctimas.



Se levantó el telón y  
apareció Mercedes.



Mérida se acercó su rostro al de Cleardo.

—¿Has oído las explosiones?

—Sí - murmuró ella



Amordazó a la joven con una mano y la hizo entrar en la habitación.

mesas lo mismo se bebía champaña que tequila o cerveza. La atmósfera era pesada, llena de fuertes olores y perfumes que se confundían con el sudor de los cuerpos, y el humo de los cigarrillos llenaba el local hasta el techo, donde las lámparas parecían envueltas en neblinas que se disolvían y volvían a formarse a su alrededor.

En el tablado, al son de la música atrevida, la rumbera Camelia, la gran atracción del casino, bailaba alocadamente. Bajó por las escalerillas del escenario y continuó su baile entre las mesas, sin temor a las frases atrevidas que le dirigían y alguna otra impertinencia que aceptaba pasivamente. Un obrero que no se había preocupado de cambiar de traje la llamó.

—¡Negra! ¡Ven acá!

Camelia volvió la cara furiosa, cuando menos en apariencia.

—¡Lávate la cara!

Siguió bailando despreocupada y regresó al tablado. Un aplauso ensordecedor la premió al terminar su número. Saludó al público y ya se disponía a bajar del escenario, cuando de pronto descubrió en una mesa a Gerardo, José Enrique y Nanette. Su rostro cambió de expresión. Los vio levantarse y salir al gran salón, acomodándose en una mesa, no lejos de la escalera. Al pasar un camarero José Enrique pidió champaña. Don Fabio y el «Tuerto», junto a la barandilla, también vieron al industrial y a su acompañante. La sonrisa se heló en los labios de don Fabio y sus facciones se endurecieron.

—¡Se atreve a venir aquí! ¡Me desafía!

—Sí —dijo el «Tuerto» malintencionadamente—. Yo, en su lugar, no me dejaría... Bastante se han reído de nosotros.

—Voy a hablar con Camelia.

—Déjelo para después, hay tiempo. Mire, don José Enrique ya está un poco...

Don Fabio no contestó. Las observaciones del «Tuerto», hechas a medias, fueron perfectamente comprendidas por su amo, quien sonrió, asintiendo con la cabeza. Mientras tanto, Camelia, con paso apresurado, cruzó el salón y llegó hasta ellos.

Antes de sufrir disgustos y contrariedades en los pozos, José Enrique frecuentaba mucho el Gran Casino y gozaba del favor de la bailarina. Al verla la recibió con entusiasmo.

—¡Qué milagro, José Enrique! ¡Crei que ya no te acordabas de mí! —Y como si estuvieran solos en el salón lo besó efusivamente.

—Siéntate y bebe algo —dijo José Enrique, a quien las cópas que había bebido ya le tenían algo mareado—. Mi amigo Gerardo Ramírez, Camelia, la más bonita de todas las rumberas.

Después de corresponder a la presentación con un apretón de manos, Camelia prodigó nuevas caricias al argentino, sin dejar de quejarse por sus ausencias.

—¡Antes venías a diario!

—Tú ya sabes que eres la preferida y la única.

—¡Para que tengas mucha suerte y me dejes un huequcito en tu corazón! —expresó ella insinuante levantando la copa.

—Si supieras cuánto me gustas... ¡Todo mi cariño te pertenece!

—Yo también te quiero mucho.

Gerardo se sentía molesto. Nanette no tenía ningún atractivo para él y las frases apasionadas de la pareja empezaban a violentarlo. A la francesa le ocurría lo mismo y levantándose dijo:

—El onceavo no molestar, ¿verdad? Invítame a una copa en la barra y vámonos.

Obedeció Gerardo y José Enrique ni se dió cuenta de que aquéllos dos se ausentaban, tan absorto estaba con Camelia. Esta sonrió satisfecha y se acercó más al argentino, que la miraba con unas pupilas un poco turbias a causa del champaña.

—Esta noche te veo distinta, chiquilla.

—¿Distinta? —preguntó ella algo turbada.

—No sé, te lo vi en los ojos cuando viniste a saludarme.

—No te pongas sentimental, lo principal es que has venido y aquí estamos juntos los dos.

—¡Cuánto te quiero, Camelia!

—Buena, no me dejarás esta noche, ¿verdad?

—No, si tú no quieres...

Camelia acercó sus labios al rostro del argentino y en aquel momento los ojos firmes de don Fabio fijos en la joven, la hicieron volver la cabeza. Una seña imperceptible y un parpadeo de ella hicieron gruñir de placer al «Tuerto».

Una mujer joven, en el escenario cantaba un vals acompañada

al piano. Las notas lentas cadenciosas no fueron del agrado de la concurrencia, que, debido a las constantes libaciones, se sentía enardecida. Se oyeron pitos y protestas; los que ya estaban borrachos empezaron a gritar amenazadores:

—¡La Norteña! ¡Queremos la Norteña! —gritaban a coro.

Gerardo y Nanette, sentados frente a la barra, bebían distraídos por la gritería. La francesa, aprovechando una distracción de Gerardo, le quitó el alfiler de la corbata. Después, para acaparar su atención para evitar que se diera cuenta de su robo, adoptó un aire soñador y parloteaba atropelladamente sobre los más variados temas. Gerardo, francamente cansado, la miraba con rencor. ¿No acabaría nunca de hablar?

Miró hacia la mesa donde había dejado a José Enrique y a Camelia y los vio levantarse con dificultad. Caminaron lentamente hasta la escalera. El se tambaleaba con frecuencia y el brazo de la joven, sosteniéndolo con energía, le servía de apoyo. En más de una ocasión Camelia besó a José Enrique y Gerardo pensó indolente:

—¡Pobre patrón! ¡Que pase un rato agradable, más tarde vendré a por él!

Mientras tanto, Nanette seguía su charla implacable. Gerardo no pudo soportar más. Se levantó decidido y salió a la calle. Nanette, sorprendida por su actitud, pareció molestarse un poco, luego sonrió. Colocó tranquilamente el alfiler robado, a guisa de broche, sobre su blusa y fué a sentarse al lado de otros amigos. La noche transcurría rápidamente. Los clientes del Gran Casino iban desfilando; sólo los borrachos y los jugadores se negaban a abandonar la sala. A la madrugada los guardias blancos tuvieron que hacer uso de su autoridad para desalojar a los rezagados.

—¡Son ya las cuatro! ¡Vayan a dormir la mona a otra parte! —y sacaban casi arrastrando a los borrachos, que gruñían al sentir el aire fresco de la calle.

Gerardo penetró en el salón buscando a José Enrique sin verlo en ninguna parte. Se acercó a un guardia y le preguntó cortésmente:

—Hágame el favor, amigo, ¿no ha visto a don José Enrique Irigoyen?

—¿El de «La Nacional»? —preguntó luego de pensar un rato.

—Sí. ¿No lo ha visto?

—Hace mucho que se fué.

—¡Gracias!

Se encogió de hombros sin extrañarle que José Enrique ya se hubiera marchado. De pronto, en el primer peldaño y dispuesta a subir a su habitación, Nanette trató de esquivarlo y cerró con violencia sobre su pecho el chal que la cubría; pero Gerardo ya había visto su alfiler.

—¡Nanette!

—Gerardo, pero, ¿todavía estás aquí? —preguntó con falsa sorpresa.

El, sin responderle, le quitó suavemente el chal de sus hombros y recuperó la alhaja, mientras ella le miraba con resentimiento.

—¡Tenía razón Heriberto cuando dice que tienes una calcomanía muy fea —le dijo con ironía.

—¡Cleptomanía!

—Lo que sea, buenas noches, gofilla.

## LA PRIMERA VICTIMA

Al día siguiente no se trabajaba en «La Nacional». A pesar del empeño de Demetrio y las excelentes condiciones de las bombas, los trabajos no se habían empezado. Los obreros inactivos se reunían en grupos y se entretenían en fumar y charlar, un poco aburridos por la larga espera.

En la oficina, Gerardo y Demetrio sentían enorme inquietud por la ausencia injustificada de su jefe y procuraban calmar la nerviosidad fumando un cigarrillo tras otro.

—¡No me lo explico! —dijo Gerardo—. El guardia me dijo que lo había visto salir del Gran Casino hacia mucho rato. Me pareció que Camelia era una buena amiga suya y que yo no debía interponerme.

—¡Sí, es una mujer encantadora! —asintió Demetrio ante el asombro de su amigo al oír tal declaración.

Demetrio era hombre de costumbres austeras, si bien cuando empezaba a beber se olvidaba de todo y era temible. Jamás se interesó por mujer alguna y parecía que ni las veía; pero sus palabras acababan de demostrar lo contrario. No cabía la menor duda de que Camelia, con sus bailes atrevidos, su juvenil rostro moreno lleno de picardía y su belleza, le había impresionado.

—No te sería muy difícil ver su hermosura de cerca si te lo propusieras —dijo Gerardo.

—¡Es amiga del patrón y eso es suficiente para que yo ni la mire! —contestó gravemente Demetrio.

—¡El patrón! —exclamó inquieto Gerardo—. No sé lo que daría por saber dónde se encuentra en estos momentos.

—Temo que ese maldito don Fabio y su segundo, el «Tuerto», nos hayan jugado una mala partida.

—De ellos puedes esperar lo todo, ya conoces sus referencias. Estaban empeñados en no dejarle trabajar.

—¿No estará la rumbera inmiscuída en esto?

—¡No! —dijo calurosamente Demetrio—. Ella iba solamente a su negocio y cuando él salió de allí es cuando esos ladrones pueden haber hecho algo.

Gerardo sonrió a pesar de sus temores. No podía negar que Camelia era una chica de suerte. ¡Había conquistado también a Demetrio!

Silenciosos y contrariados continuaron los amigos fumando con la vista fija en el horizonte que se adivinaba desde la ventana.

—Si por una de aquellas desgracias no regresara don José Enrique al campamento, ¿qué debemos hacer? —preguntó Gerardo.

Abstraído en sus meditaciones, Demetrio pareció despertar al oír las palabras de su amigo.

—El patrón tuvo siempre el presentimiento de que podía ocurrirle algo y no hace mucho hizo testamento y tiene todos sus papeles en regla. Yo he de asumir su cargo en «La Nacional», ayudado por ti, y en el caso de que yo no pudiera continuar, tú te harás cargo de todo.

La noticia no entusiasmó a Gerardo. Había arriesgado la vida

al trabajar en el campamento y lo había hecho alegremente, pero la idea de tener que asumir toda la responsabilidad no le gustaba.

—¡Pobre patrón! ¡Pensó en todo! —exclamó al fin.

—Sí —repuso Demetrio con voz sombría—, y en más de una ocasión me dijo que su deseo era que voláramos los pozos antes de entregarlos a esos bandidos.

—¡Esto ya me gusta más! —aprobó Gerardo, ya que se ajustaba más a su manera de pensar.

—No es halagüeño nuestro porvenir, si definitivamente desaparece el patrón —dijo Demetrio arrojando por la ventana el cigarrillo consumido—, pero yo le prometí que cumpliría su voluntad y tú tienes que hacer lo mismo.

—¡Claro! Ni por un momento he tenido la idea de abandonar-te.

—Ya sabía que podía contar contigo y así se lo manifesté a don José Enrique.

Heriberto, seguido de tres obreros, se acercaba a la oficina. Había salido para hacer averiguaciones sobre el paradero del patrón y Gerardo y Demetrio tenían puestas sus esperanzas en él. La expresión de su rostro les demostró que venía fracasado.

—Nadie en ninguna parte sabe nada de él —murmuró el peón quitándose el sombrero y secando el sudor que corría por su semblante.

—Sigán buscando, en alguna parte ha de estar —dijo Gerardo irritado.

—¡No es posible que se lo haya tragado la tierra —completó Demetrio, cuya inquietud iba en aumento.

—Es casualidad —dijo Heriberto—, precisamente en el primer día en que íbamos a trabajar de verdad —bajó la voz para proseguir y con poca convicción añadió—: A lo mejor la agarró tan fuerte que todavía está durmiendo en alguna fonda.

—¡Hay que encontrarlo donde sea! —exclamó Gerardo con decisión, a pesar de sus temores de que don José Enrique había desaparecido definitivamente.

Seguido de Demetrio salió al campo y llamó a todos los obreros, que acudieron solícitos.

—¡Revuelvan todos los campamentos y busquen por hoteles y fondas! ¡Es indispensable que lo encontremos... vivo o muerto!

No se hicieron repetir el ruego y todos salieron en distintas direcciones para ver si podían encontrar a su amo.

Gerardo se dirigió a Demetrio y a Heriberto que habían escuchado sus órdenes en silencio y les dijo:

—Ahora nosotros nos vamos a encontrar a la policía.

—¿A la policía? —preguntó Demetrio sorprendido—. ¿Para qué? No hay más autoridad en los campamentos que los guardias blancos y ya sabes éstos a quién obedecen.

—Sí, pero de todos modos yo voy allí. Tú, Heriberto, quédate aquí por si ocurriera algo.

Poco después, Gerardo, que tenía una idea fija, procuró quedarse solo y se dirigió al Gran Casino. Vestida elegantemente encontró a Camelia en la puerta que estaba esperando un coche. Su rostro moreno y sonriente no se alteró al ver llegar a Gerardo, quien, en tono amable aunque enérgico, le preguntó:

—Se trata de don José Enrique. La última vez que se le vió fué cuando subió al piso superior con usted... ¿Qué puede usted decirme?

Camelia no se inmutó. Como si de antemano aguardara la pregunta, pudo asegurar con firmeza.

—Que se fué luego, seguramente estaría usted en el Casino. ¡Iba muy mareado!

—¿Sabe usted si se dirigió al campamento?

—No sé... realmente.

—¿Entonces usted tampoco puede aclararme nada?

—¡Absolutamente nada!

Si fingía, lo hacía muy bien. Incluso pareció afectada por la noticia y rogó, con acento al parecer sincero:

—Le aseguro que me deja muy intranquila. Si averigua algo, le suplico que no deje de decírmelo.

Gerardo no sabía qué pensar. Camelia lo había desconcertado y no quiso insistir más. Se despidió desanimado y regresó al campamento.

## UNA VISITA INESPERADA

La ausencia misteriosa de don José Enrique contaba ya ocho días y estaba igual que el primero. Los esfuerzos para encontrarlo habían sido infructuosos. No se halló el menor rastro del desaparecido. Nadie recordaba haberlo visto por la calle ni en ninguna fonda o cantina después de haber estado en compañía de Camelia. Gerardo no podía olvidar este detalle, aunque se abstenía de comentarlo con Demetrio, quien lo consideraba injustificado. Los periódicos hablaban del suceso y mientras el limpia-botas sacaba lustre a las del «Tuerto», éste leía la información atentamente y sonreía malicioso. El limpia fijó la vista en el papel y se dio cuenta de lo que tanto absorbía a su cliente. Se percató el «Tuerto» de la curiosidad del otro y dándole un puntapié gritó:

—¡O limpias mis botas o lee el diario!

Rodó el chico al suelo ante el brutal empujón, miró dolorido a su verdugo y dijo:

—¡Ya terminé, patrón!

Al doblar el «Tuerto» el diario, el limpia pudo leer claramente los titulares que decían: «La desaparición de don José Enrique Frigoyen sigue en el misterio.»

Se dispuso el «Tuerto» a marcharse cuando llegó don Fabio en un coche y al verle, el primero le saludó militarmente. El coche se detuvo. El propietario del Gran Casino fumaba un soberbio puro y su rostro tenía una expresión placentera. Desde el coche preguntó a su escudero:

—¿Qué ocurre?

El «Tuerto» señaló el diario.

—Pues como que hace ocho días que desapareció... la policía acaba de dar por terminada la investigación... ¡Lo que yo digo! ¡El que no aparece dentro de los ocho días, a lo mejor no aparecerá nunca! ¿Verdad, jefe?

Don Fabio asintió con la cabeza por no hacer manifestaciones habladas que podía recoger el cochero.

—¿Cumpliste mi encargo? —preguntó.

—Sí, han leído el testamento de don José Enrique. Deja heredera a la hermana que está en el extranjero.

—¿Por lo visto seguirá molestándonos hasta después de muerto, argentino testarudo! —exclamó don Fabio a quien no había gustado la noticia.

—Y mientras tanto —continuó el «Tuerto», dejó un gerente provisional para que eche a andar los pozos.

—¿Un gerente! ¿Quién?

—¿Quién puede ser! ¿Pues Demetrio! ¿Verdad que da risa?

—¿El mecánico?

—Sí, ése que habla siempre tan serio.

Cambió de aspecto el semblante de don Fabio. No habían terminado, pues, las dificultades con «La Nacional». Demetrio era un obstáculo que sin duda tendría que eliminarse también.

—¡Pobre hombre! Lo siento por él, porque ni le va ni le viene y puede costarle caro. ¿Qué le importa a él «La Nacional»?

—Pues sí, señor, ni que fuera el dueño.

Hay fuerzas importantes, «Tuerto», que no quieren que nadie se les cruce en el camino. ¿entiendes? Y si Demetrio quiere proseguir la conducta del que hasta poco fué su patrón...

Guiñó el «Tuerto» el único buen ojo que le quedaba y con este estúpido saludo se despidió de don Fabio, quien continuó su camino en el coche.

A pesar de las intrigas que era casi seguro habían costado la vida a don José Enrique Irigoyen, los trabajos habían empezado en «La Nacional». Demetrio asumió el cargo que había dejado vacante la desaparición del jefe y todos los obreros hacían funcionar las bombas activamente. Con libreta y lápiz, Heriberto, muy posesionado de su papel, anotaba los tubos que se descargaban de un camión. Gerardo, muy pensativo, observaba las operaciones desde la ventana de las oficinas. No podía estar conforme con la investigación que se había hecho ante la desaparición del argentino y mucho menos que se diera por terminada, considerándolo desaparecido definitivamente, sin dar importancia a que ni tan sólo se había hallado su cadáver. En alguna parte debía

estar; pero las esperanzas de encontrar a José Enrique cada día eran menos firmes.

La voz de su compañero le sacó de sus meditaciones.

—¡Gerardo! —dijo angustiosamente Demetrio, llegando con un telegrama en la mano.

Heriberto también se acercó curioso.

—¡Valiente lío! —exclamó Demetrio—. ¡Es bien verdad que una desgracia nunca llega sola.

—¿De qué se trata? —interrogó Gerardo.

—¡Entérate de esto! ¡Yo no sé qué vamos a hacer! —dijo Demetrio entregando el telegrama a su amigo.

—«Llegará hoy tren Méjico. -Bosos. - Mercedes.» —leyó Gerardo frunciendo el ceño y mirando a Demetrio.

Como recordando algo remoto, Heriberto exclamó estupefacto:

—¡La hermana de don José Enrique!

—Esa ha escogido el peor momento para llegar... —comentó Gerardo de muy mal humor.

—Don José Enrique había resuelto que no viniera por ahora —aclaró Demetrio.

—Sí —afirmó Heriberto—, pero el patrón ya no pudo mandarle el telegrama que había pensado.

Distraídos todos y preocupados por la desaparición de José Enrique se habían olvidado de la conversación sostenida en la tarde que precedió a su supuesta muerte y ahora se encontraban con que la llegada de Mercedes Trigoyen era cuestión de horas. Lo más doloroso ahora sería tener que comunicarle lo ocurrido con su hermano, además de tener que defenderla de los malhechores que posiblemente también intentarían alguna fechoría contra ella. Esos tres hombres rudos y sencillos se hallaron de pronto ante un problema que les dejó mudos y pensativos. Demetrio, sobre quien pesaba toda la responsabilidad, fué el primero en hablar.

—Tenemos que atenderla. Es la patrona.

—No podemos instalarla en el campamento con nosotros —dijo Gerardo—, y en cualquier hotel corre peligro; era lo único que nos faltaba, hacer de niñas.

—Pues de un modo u otro habrá que cuidarla —dijo Heri-

berto rascándose la cabeza como si de ello dependiera la luz—. Trataremos de convencerla de que se marche, cuando menos...

—Tenían razón Pedro y Martín... uno está más tranquilo en la cárcel, allí no se te presentan estos problemas —dijo Gerardo.

—¡Vamos, no es para tanto! —replicó Demetrio—. Tú que entiendes en cosas de mujeres, saldrás a recibirla. Yo tengo trabajo.

—¿Yo? —dijo Gerardo visiblemente contrariado—, si no la conozco.

—No importa. Le dices delicadamente lo que ha ocurrido con su hermano don José Enrique y le haces comprender que el campamento no es sitio apropiado para una mujer como ella.

—¡Muy bonito! ¡Vaya comisión que me ha tocado!

—No es más difícil que la mía —dijo Demetrio.

—¿Y cómo diablos quieres que dé con ella?

Heriberto sonrió satisfecho. Acababa de tener una gran idea.

—Es muy fácil. Ya sabemos que es argentina. Tú no más paras oreja y donde oigas que dicen: «¡Che!» «¿Percanta que me amuraste», ésa es.

Gerardo tuvo intenciones de darle un palo, pero afortunadamente para Heriberto, se hallaba fuera de su alcance.

José Enrique se había quedado corto al hablar de su hermana. Mercedes Irigoyen era una mujer hermosa y a sus atractivos físicos se debían agregar su gracia y simpatía. Alta, esbelta, atraía las miradas y su rostro las retenía. Cabello negro, largo y lustroso, ojos claros, alegres sombreados por oscuras y rizadas pestañas; tez muy blanca, boca de bien dibujadas líneas, de donde asomaban unos dientes perfectos. Su voz era armoniosa, sus modales sencillos y sabía vestir con elegancia. Sus triunfos artísticos no la habían hecho olvidarse de su hermano, único pariente que tenía, y a medida que el tren se acercaba adonde creía encontrarlo se sentía nerviosa y feliz. Recordaba perfectamente a José Enrique, cuando se despidieron al marchar él en busca de fortuna, y se le aparecía su rostro enérgico, alterado por la emoción. Los dos habían deseado triunfar y la suerte, esquiva, al fin se doblegó ante ellos. Cuando menos, esto era lo que Mercedes suponía, enterada por las cartas de su hermano, en las que omitía, claro

está, las vicisitudes que sufría con los demás propietarios de pozos.

También ella había luchado un poco, pero su belleza y su arte se habían impuesto y las puertas de la fama se le abrieron de par en par. Ahora regresaba de una gira triunfal y pensaba pasar una larga temporada junto a su hermano. La acompañaba una amiga, Raquela Ortiz. Era también argentina y huérfana como Mercedes, a quien la unía una vieja y sincera amistad. Raquela tenía intención de dejarla al lado de su hermano y embarcarse inmediatamente para regresar a Buenos Aires, donde la esperaban. Raquela era una mujer joven, alegre, bromista y a quien gustaba verse galanteada. No era tan hermosa como Mercedes; tenía, sin embargo, una bonita figura y una cara agradable que se animaba con su inalterable buen humor y sonrisa. Poco antes de llegar el tren a la estación, las dos jóvenes se colocaron sus sombreros y arreglaron discretamente sus rostros.

En los andenes la gente iba y venía. Gerardo, impaciente y molesto, andaba de un lado a otro ensayando la actitud que debía asumir y las frases a usar para dar la fatal nueva. Observó a muchas personas que bajaban del tren, sin acertar a descubrir a su desconocida. De pronto vio bajar a Raquela, que se detuvo indecisa como si buscara a alguien. Como que era la única mujer que en apariencia viajaba sola, Gerardo se decidió a acercarse. La joven se volvió hacia Mercedes, quien, ocupada en reunir su equipaje, se había retrasado en la escalerilla del vagón.

—¡Chéf —exclamó molesta Raquel—. ¿No hay un mozo en toda la estación?

Gerardo no pudo menos que sonreír al recordar la recomendación de Hariberto, que tanto le había enfurecido. Sin saberlo, la muchacha se identificaba con aquella palabra. No vaciló Gerardo y se dirigió a ella. Con el sombrero en la mano, sin olvidar la cortesía que se debía a una dama de aquella categoría, dijo:

—A usted ando buscando, señorita...

Raquela, sorprendida, contestó con su marcado acento argentino:

—¿A mí? ¡No creo que nos conozcamos siquiera!

—No —aseguró Gerardo—, no tengo ese gusto, pero vine precisamente a recibir a usted.

Creyendo que se trataba de una broma, la joven miró maliciosamente, dándose cuenta de que el mejicano era un guapo mozo al que no debía desairar.

—¡Es usted muy amable! —respondió con coquetería.

Satisfecho Gerardo de su bien desempeñado papel, continuó:

—Debí de haber empezado por decirle que he venido de parte de don José Enrique...

Raquela adivinó al instante que la confundía con Mercedes y siguió manteniendo el equívoco.

—¡Ah, sí!

—El no ha podido venir a recibirla. Haga el favor de seguirme —y sin esperar la respuesta cogió la maleta que estaba en el suelo y echó a andar.

—¡Oigame —exclamó.

Mercedes había escuchado el diálogo y conociendo el temperamento de su amiga no había dicho una sola palabra. Pero al ver su apuro cuando Gerardo cogió la maleta y se perdió entre el gentío, llegó sonriendo hasta ella y le dijo:

—¡Muy bien, Raquela! ¡No has hecho más que llegar y ya tienes conocidos!

—¿Pero, has oído, Mercedes? ¡Me tomó por vos!

—¿Quién era ese hombre? —interrogó con curiosidad.

—No sé, alguien que viene de parte de tu hermano.

—Es muy extraño que no haya venido José Enrique...

—Seguramente estaría ocupado. Ya lo verás más tarde.

—¡Claro! Algo debe haberlo retenido.

Raquela, que de nuevo descubrió a Gerardo esperándola, exclamó entusiasmada:

—Bueno, ven, que ese joven tan simpático nos está esperando.

—¿Cuándo podrás ver unos pantalones sin trastornarte?

Las dos amigas echaron a andar y llegaron hasta donde las esperaba Gerardo. Asombrado, observó a Mercedes. Jamás había visto a una mujer más hermosa.

—¿Usted viene con la señorita? —preguntó al fin.

Mercedes, agradablemente impresionada, observó a Gerardo.

—Sí —contestó Raquela gozando con la broma—, viene con-

migo, es mi amiga... la señorita Raquela Ortiz —y a duras penas contuvo la risa que retozaba en sus labios.

Divertida también con el equivoco, Mercedes se limitó a sonreír. Gerardo, un poco confundido todavía ante la presencia de aquel par de bellezas tan distintas de lo corriente en los campamentos, se llevó la mano al sombrero y se presentó a sí mismo:

—Gerardo Ramírez, servidor de ustedes. Tengan la bondad de seguirme.

Poco después llegaban al hotel. No era muy confortable, pero, sin embargo, era limpio y espacioso.

Gerardo parecía muy satisfecho de la elección, y cuando el mozo dejó el equipaje en el suelo, les explicó:

—Este es el mejor hotel y da a la plaza. Pueden considerarse afortunadas de haber encontrado habitación. En los campamentos resulta más fácil hacerse millonario que encontrar alojamiento en una forda.

El mozo llevó el equipaje de Mercedes a la habitación contigua. Era una sala análoga a la anterior. Una gran ventana daba a la plaza y al mismo tiempo proporcionaba suficiente luz y ventilación. Mercedes había penetrado allí y permanecía de pie ante la ventana. Gerardo la sorprendió en esta contemplación.

—¿Me permite unas palabras, señorita? —dijo disculpándose por su atrevimiento y permaneciendo parado en la puerta.

Había tenido una inspiración y se decidió a ponerla en práctica al momento. Mercedes le miró sin comprender.

—No me atrevo a decírselo a ella —dijo en voz baja—, pero pretiero que usted lo sepa.

Cada vez más intrigada, Mercedes preguntó:

—¿De qué se trata?

—De don José Enrique.

Al escuchar el nombre de su hermano, miró con recelo a Gerardo, de quien nada sabía en realidad, pero, decidiéndose, dijo brevemente:

—¡Pase!

Gerardo obedeció sin saber cómo empezar y permanecía silencioso ante Mercedes que lo miraba curiosa. Visiblemente aturdido, intentó sonreír a la joven, quien tratando de facilitar la confianza, preguntó:

—¿Por qué teme hablar?

—Es que lo que tengo que decirle... ¡es tan difícil!

Mercedes sintió enorme inquietud.

—Sabe... es que don José Enrique... desapareció hace ocho días...

—¿Que desapareció?—preguntó asustada Mercedes—, pero... ¿qué quiere usted decir?

—Que desde hace ocho días no sabemos nada de él.

—¡No es posible! —dijo la joven angustiada.

—Desgraciadamente es así —afirmó Gerardo bajando la voz. Todos nuestros esfuerzos por encontrarle han fracasado y nos tememos lo peor.

Turbada, contenía las lágrimas a duras penas y una inmensa congoja ahogaba las palabras en su garganta. Por unos instantes estuvo sin saber qué decir.

—No se le ha encontrado... ¡ni muerto ni vivo! —explicó Gerardo, a quien el silencio de Mercedes cohibía todavía más.

—Si eso es verdad, ¿qué ha hecho la policía? —preguntó ella al fin.

—La policía tampoco sabe nada.

La desconfianza y el recelo la hicieron dominar sus lágrimas y miró fijamente a Gerardo, preguntando con intención:

—¡No es posible que nadie sepa nada!

—Le aseguro, señorita, que hicimos todo lo que estuvo en nuestra mano.

—¡Pero esto es horrible! ¡Injusto! —y cambiando rápidamente de tono, preguntó amenazadora—: Y usted, ¿quién es?

Sintiendo la mirada de Mercedes fija en él, dudó un momento en dar la respuesta.

—¿Yo? ¿Nosotros? Ahora somos como quien dice los herederos.

Se corrigió inmediatamente al ver el gesto que contrajo los labios de la argentina.

—Bueno, los herederos precisamente, no. Los encargados de hacer funcionar el negocio, quería decir.

Con la duda que a cada momento se hacía más dolorosa, Mercedes esquivó el rostro de Gerardo y se colocó frente a la ventana. Su tristeza iba en aumento. ¡Con tanta alegría como había

preparado aquel viaje! Y, en lugar de encontrar a su hermano, la salía a esperar un desconocido, quizá su asesino, con la noticia de que había desaparecido.

—¿Cómo pudo ocurrir eso? ¡Un hombre no puede desaparecer en una ciudad como si fuera una velija!

Gerardo relató cómo había ocurrido todo.

—La última vez que le vi fué en el Gran Casino; estaba muy contento hablando con Camelia.

—¿Camelia? ¿Quién es?

—Una ballarina del Casino, yo la conocí aquella misma noche. Los vi hablar juntos y después de aquello no se ha sabido nada más. Don José Enrique —continuó Gerardo, sin darse cuenta de que sus palabras le condenaban ante Mercedes—, había resuelto que no viniera su hermana a los campamentos.

—Ni siquiera está usted enterado de que lo que quería el hermano de mi amiga era precisamente traerla a vivir aquí...

El comprendió entonces ante la ironía que adivinaba en la mirada de la joven, que sospechaba de él y, deseando terminar aquella enojosa entrevista, le dijo:

—Por su bien, convénzala de que se vaya de los campamentos.

—¿Por qué tiene usted tanto interés en que se marche?

—¿Yo? —dijo sublevado por la mirada y actitud de Mercedes—. Está usted en un error. No tengo interés en que se quede ni en que se vaya,— y, dando media vuelta, se dirigió a la puerta.

Mercedes se arropintió de su arranque. Se dió cuenta de que había ofendido a Gerardo y presintió que se había equivocado al juzgarlo. Con la mano puesta en el picaporte, se volvió hacia ella con el rostro muy serio.

—Dígale a la señorita Mercedes que estoy a sus órdenes... y a las de usted también.

En los labios de la joven se dibujó una sonrisa. La mirada de los oscuros ojos de Gerardo, fija en los suyos, la turbaba y atraía. La rigidez no pudo persistir en el varonil semblante. Su pulso se aceleró y concluyó su frase en tono de rendimiento.

—Con una mujer tan hermosa, ¿quién puede enojarse?

Salió rápidamente de la habitación sin aguardar la respuesta o cólera de Mercedes. Esta se dirigió al espejo y permaneció in-

móvil unos instantes. Distintas emociones la tenían anonadada y confusa. La noticia de la misteriosa desaparición de su hermano, su porvenir en aquella tierra extraña entre desconocidos y, temerosa, admitía la repentina atracción que sentía por aquel hombre a quien horas antes ignoraba. Caminó lentamente hasta el cuarto de Raquela a la que encontró arreglando su peinado. Las lágrimas que había podido contener ante Gerardo corrían ahora libremente. Sus sollozos hicieron volver el rostro de Raquela, asustada.

—¿Qué te pasa?

—¡José Enrique ha desaparecido! ¡Seguramente lo han asesinado!

—¿Que lo asesinaron? Pero, ¿estás loca? —exclamó Raquela impresionada y creyendo haber entendido mal.

—Acaba de decirme lo ese joven, tomándome por ti —y Mercedes le dió cuenta de la conversación sostenida con Gerardo.

—¿Entonces no es seguro que lo hayan asesinado? Cálmate, Mercedes. Hay que pensar serenamente. Algo hay que hacer... Primero, confirmar la noticia y si resulta cierta... ¡tal vez sería mejor que no te quedarás aquí!

—¿Marcharme, después de lo que sé?

Raquela, igual que Gerardo, comprendía el peligro que corría Mercedes. Sola en los camareros, ofrecía un hermoso blanco para los mismos desalmados que habían eliminado a un hombre del templo de José Enrique, y no vacilarían mucho en hacer desaparecer a la joven si éste se oponía a sus proyectos. Pero Mercedes no lo comprendía así. Su gran dolor y la excitación la privaban de razonar.

No puedes quedarte sola aquí —dijo Raquela en tono persuasivo—. Después ya se verá cómo se arregla esto.

—No, Raquela —dijo Mercedes hablando decidida—. Tu barco sale mañana y no debes perderlo. Marcha, yo me quedo aquí.

—Pero...

—No cambiaré de modo de pensar.

—No debes obrar así, Mercedes. No conoces a nadie y tú misma te pones en peligro.

—Me quedaré y buscaré a mi hermano —dijo irguiéndose.

En sus ojos no había desfallecimiento ni miedo: El espíritu luchador de José Enrique vivía también en ella. No la arredraba la perspectiva de quedarse entre desconocidos y ladrones; al contrario, era un acicate para emprender la batalla. Además, aquellos terrenos petrolíferos, que valían una fortuna, le pertenecían, y tenía el derecho y la obligación, en recuerdo de su hermano, de defenderlos y quitarlos de aquellos hombres que se llamaban a sí mismos «encargados del negocio». Sus pensamientos perdieron dureza al recordar a Gerardo. No quiso asociarlo a los asesinos, ni a los ladrones de su propiedad.

—Ese hombre... —siguió diciendo, como si Raquel pudiera adivinar que sus meditaciones se habían detenido en Gerardo— habló de una bailarina del Casino. Dijo que José Enrique estuvo con ella antes de desaparecer. ¡La veré y le sacaré la verdad!

—No será tan pava como para comprometerse... —dijo Raquel—. Mercedes, hazme caso... Van a descubrir que eres la hermana de José Enrique y no lograrás nada.

—Sonrió Mercedes por primera vez.

—No, nadie sabrá quién soy y tú te encargarás de que esto no se sepa.

## LA NUEVA ARTISTA

Sería media mañana cuando Mercedes llegó al Gran Casino. Deslumbrada por la luz del exterior, no percibió nada; pero poco a poco sus ojos se acostumbraron a la penumbra. El inmenso salón estaba vacío. Ante el piano un viejo aporreaba el teclado, mientras Nanette se esforzaba en cantar un tango. Allí cerca estaba Camelia, tapándose los oídos para no oír los destrozos de la música que hacía la francesa. Una mujer fregaba el suelo. A ésta se dirigió Mercedes.

—¿Podría ver al patrón?

—Don Fabio no puede tardar en llegar.

—Gracias. Esperaré.

Se sentó en una banqueta del bar. Su hermosura, su vestir discreto y sus modales llamaron la atención de los otros personajes que se hallaban en el tablado, los cuales la miraron sin interrumpir sus cantos. Ella también los observaba en silencio. Una discusión entre Nanette y Camelia sobre la manera de pronunciar una palabra hizo que Mercedes interviniera.

—¿Es usted cantante? —preguntó Nanette.

—Sí —contestó la joven.

Aquel monosílabo hizo que Camelia la observara con más atención.

—Entonces díganos cómo se debe cantar este tango —suplicó Nanette.

—Ahora no, estoy esperando al patrón.

—¿Y eso qué importa? Mientras llega, cántela.

Considerando Mercedes que un desaire a aquellas muchachas en aquel momento podría tener consecuencias en el futuro, no se hizo rogar más, y su voz, de bellissimo timbre, llenó el vacío salón:

Al aire, quejas tristes exhaló.  
Sólo a tu lado mengua el dolor;  
¡ay, vida mía! por ti, del alma  
perdió la calma tu trovador.  
Tu aliento puro, tan perfumado  
hème hechizado con tal ardor  
que noche y día es alimento  
del pensamiento del trovador.  
Flexible caña tu lindo talle,  
tú eres del valle la hermosa flor;  
¡ay, mi paloma! Por ti, querida,  
diera la vida tu trovador.

Camelia la escuchaba aprobando con la cabeza. Aparentemente, la argentina no tendría aspecto de cantante, pero sabía hacerlo. Las palabras y la música eran muy diferentes en sus labios. No parecían las mismas que cantara Nanette. Cuando murió la última nota, unos aplausos inesperados hicieron volver los rostros de las tres mujeres.

Don Fabio, que había llegado al poco de haber empezado la canción, se detuvo a prudente distancia y gozó a sus anchas admirando a la preciosa desconocida que había penetrado en su establecimiento y su habilidad para cantar. El «Tuerto», que entró después que su jefe, a una seña de éste andó de puntillas hasta el bar y sirvió en silencio dos vasos de whisky. Camelia vió a don Fabio al finalizar la canción. Sin ocultar su admiración, el dueño del casino aplaudió con entusiasmo.

—¡Muy bien, señorita! Canta usted maravillosamente.

Avanzó hacia ella y Mercedes pudo ver tan sólo a un hombre vestido con pulcritud y elegancia; pero, a pesar de su aspecto de caballero, sin poderse explicarse el motivo, sintió repugnancia. No obstante, ella siguió la línea de conducta que se había trazado.

—Soy el propietario del casino, señorita...

—Raquela Ortiz —respondió Mercedes con aplomo.

—Mucho gusto... ¿Puede saberse si viene a los campamentos para trabajar como artista?

—Estoy de paso; pero me gustaría trabajar aquí unos días.

—Pues considérese contratada, señorita Raquela.

—Muchas gracias.

Don Fabio la contempló con mirada penetrante y complacida.

—Le aseguro que mis clientes estarán satisfechos cuando la vean y la oigan cantar... Por las condiciones no se preocupe.

Mercedes sonrió, porque no esperaba encontrar tantas facilidades para su espionaje. Contaba con contratiempos que por el momento no se habían presentado.

—¿De dónde viene usted? —preguntó el empresario.

—Ahora de Méjico, pero, en realidad, vengo en jira desde Buenos Aires.

—A ver, Camelia, instala a la señorita en el número nueve. Creo que no le desagradará el cuarto.

Al oír el nombre de Camelia, Mercedes sintió un escalofrío. La suerte seguía favoreciéndola. Aquélla era la mujer que había visto por última vez a su hermano y necesitaba inspirarle confianza y darse maña para sacarle la verdad.

—Está bien, don Fabio —respondió la rumbera—: ¡Vamos arriba! —dijo enlazando su brazo con el de Mercedes y subiéndolo

aquella escalera por donde supuso había subido José Enrique del brazo de aquella misma mujer.

—Está usted en su casa —advirtió don Fabio amablemente—. Camelia la pondrá al corriente de todo.

—Muchas gracias.

El patrón no se movió de su sitio hasta que las perdió de vista. Nanette, mirando también a las dos jóvenes, se volvió hacia el «Tuerto», que se había acercado:

—¡Qué distinguida! ¡No es como todas las que vienen por aquí!

—Pues a mí me gustas más tú —repuso el otro, galante.

—¿De veras? —insistió complacida.

Mientras tanto, Mercedes y Camelia llegaban al pasillo al cual daban las puertas de los cuartos de las artistas.

—¡Tienes suerte, mujer! —dijo Camelia, ya sin resentimiento y ante la seguridad de que las habilidades de la joven eran completamente distintas a las suyas—. Don Fabio no hizo más que verte y contratarte. Creo que si te quedas, te harás rica en el casino. Claro que no vienen ni duques ni príncipes, pero todos tienen plata y saben gastarla, que es lo principal. Además, don Fabio es un caballero y se ve que le has gustado.

Mercedes no respondió. Se había dado cuenta de la admiración del dueño del casino, y aunque este detalle la ayudaba al desarrollo de sus planes, no dejó de inquietarla.

—Es un gran tipo —explicó Camelia—; con decirte que hace diez años era dependiente de una ferretería y ahora cuentas sus negocios... y no acabas. Además, es el hombre de confianza de las compañías petroleras.

Bajó los ojos Mercedes por temor a delatarse.

—¿Te gusta el cuarto? —preguntó Camelia abriendo la puerta.

—No está mal —contestó distraída mirando al balcón, que, aunque daba a una calle, casi no proporcionaba luz al interior. La pared de enfrente estaba tan próxima que la impresión era de que podía tocarse con la mano.

Junto al balcón, una cortina cubría un hueco que hacía las veces de ropero. En el centro, una cama.

—La cama parece buena —dijo Mercedes—; peor es la luz. ¿Cómo es que la ventana da a un callejón?

—Detrás de esta cortina se cuelga la ropa —explicó Camelia—. ¿Traes mucha?

—Mucha, no. Mañana la verás.

—Te voy a enseñar mi habitación por si se te ofrece algo. Tengo preciosidades.

El cuarto de Camelia era exactamente igual al otro. La misma ventana a la calleja, la misma cama, igual ropero disimulado por una cortina, el tocador y dos sillones. Una estera y lo único que faltaba en el otro, infinidad de cuadros y retratos en las paredes.

—Como puedes ver, los cuartos están juntos. Cuando quieras vente para acá... Ahora voy a enseñarte un traje que te hará caer de espaldas.

Corrió la cortina y mientras buscaba entre su abigarrado guardarropa un vestido de tules y lentejuelas, Mercedes examinaba los cuadros y fotografías que adornaban las paredes. Reconoció al boxeador Jack Johnson, el torero Gaona, la Bertini, Panichó Villá y otras. Fijó la vista en el callejón y pensó que era extraño que hubieran hecho ventanas tan amplias en un lugar que no podía ni siquiera proporcionar ventilación. Siguió curioseando las fotografías y de pronto creyó que Camelia iba a darse cuenta de los latidos de su corazón. Tan fuerte fué la sensación que recibió al descubrir un retrato de su hermano con una dedicatoria. Clavó los ojos, ansiosa, en ella y leyó: «A Camelia, recuerdo de momentos muy felices, José Enrique.» Angustiada, no podía quitar la mirada del rostro tan querido, que quizá no volvería a ver. Aquella dedicatoria era un testimonio elocuente de que Gerardo no había mentido, o que había mucha verdad en sus palabras. Su hermano, seguramente con confianza, había acudido a la habitación de la rumbera y en complicidad con ésta fué fácil tenderle una emboscada y secuestrarlo. Tal vez hasta asesinarlo. Fascinada, dominando sus lágrimas, había quedado inmóvil ante el retrato. Camelia, con el traje en la mano, se le acercó, diciendo satisfecha mientras se lo mostraba:

—Me lo hicieron en Santiago. ¿Te gusta?

Como que la otra no contestara, siguió la dirección de sus ojos.

—¿Qué miras?

—Un amigo tuyo, ¿verdad? —preguntó Mercedes algo repuesta.

Camelia no respondió. Quitó los clavos que sujetaban el retrato y, con una maligna sonrisa en los labios, lo rompió en menudos trozos arrojándolos en un rincón.

Mercedes, queriendo aparentar indiferencia, volvió a interrogar, dolorida por el gesto de Camelia.

—¿Por qué haces esto?

—¡Pues... porque no me gusta estar viendo esa cara de imbécil!

### OTRA VICTIMA

Cuando Gerardo regresó al campamento relató prolijamente a Demetrio su conversación con Mercedes y las sospechas que en ella advirtió. Su amigo le escuchó en silencio, un poco contrariado.

—Supondrá que queremos despojar a su amiga de la horencia —comentó—; si supiera que sólo por cumplir los deseos de don José Enrique arriesgamos el pellejo todos los días.

—Yo le dije que aconsejara a la señorita Mercedes que se marchara. Es muy orgullosa y muy bonita.

—¿Quién? ¿La hermana del patrón?

—No... —replicó disgustado Gerardo—, su amiga, la señorita Raquela.

—Parece que te ha impresionado mucho.

—¡A quién no!

Sonrió Demetrio a pesar de la seriedad de las circunstancias.  
—Esperaremos todo el día de hoy, seguramente vendrá al campamento y si no lo hace, iremos nosotros al hotel.

Aceptó Gerardo la proposición y todo el día estuvo nervioso sin poder ocuparse de nada. Mil veces fué hasta el límite del camino y permaneció inmóvil, bajo el sol ardoroso, tratando de adivinar la esbelta y elegante silueta en la lejanía, sin que su

deseo se viera cumplido. Malesto, se reconvino por el interés que la desconocida había despertado en él al recordar sus palabras y frases intencionadas. Impaciente, por la tarde invitó a Demetrio.

—Deberíamos ir al hotel. Tal vez ella espere que tú, como administrador de los bienes de su hermano, la vayas a visitar. De cualquier modo, se trata de una dama.

—Tienes razón —contestó riendo Demetrio, porque comprendía muy bien cuál era el interés de su amigo.

Cambiaron sus trajes de trabajo por mejor atavío y emprendieron el camino del hotel. Al llegar allí se dirigieron al mostrador.

—¿Podríamos ver a la señorita Mercedes Irigoyen? —preguntó Demetrio.

—¿Mercedes Irigoyen? ¿Una de las señoritas argentinas?

—Sí —contestó Gerardo.

—Se fueron ya las dos.

Gerardo no pudo ocultar su decepción y Demetrio insistió:

—¿Quiere usted decir que se fueron a los campamentos?

—No, dijeron que iban a tomar el barco de Sur América, el que salió hace dos horas.

—Pues es lo mejor que podía pasar —exclamó Gerardo fingiendo indiferencia.

Echaron a andar en silencio. Unas horas después, aburridos en la oficina, Heriberto hizo una proposición.

—¿Por qué no vamos un rato al Gran Casino?

Gerardo no contestó. En cambio a Demetrio no le cayó mal la propuesta.

—Bien pensado, hace muchos días que no vamos y sin duda don Fabio piensa que tenemos miedo. Sobre todo no conviene que lo piensen nuestros obreros. Se levantó y Heriberto hizo otro tanto.

—¿Vienes? —invitó Demetrio.

El atudido, sin responder, salió tras ellos. El salón ya estaba lleno de público. Las salas de juego también. La misma clientela abigarrada y heterogénea de siempre. Los números de canto y baile no habían comenzado aún y la orquesta permanecía inactiva. Los tres amigos buscaron una mesa y pidieron algo para beber. Demetrio, satisfecho por la solución que había tenido el

asunto de la venida de Mercedes, que le quitaba un dolor de cabeza, olvidaba un poco su seriedad y vaciaba con frecuencia su copa. Gerardo le miraba asombrado. Nanette, al descubrir a Heriberto, llegó a sumarse a la tertulia. Acomodó su silla entre éste y Gerardo y animaba a Demetrio a beber, para poderlo hacer ella también. Apoyado en la barandilla que conducía a los reservados, don Fabio observaba el aspecto del salón. Al ver a sus enemigos, su rostro se contrajo ligeramente. Hizo una seña al «Tuerto» que acudió en el acto.

—¡Mira! —exclamó rencoroso—. ¡Esos imbéciles quieren burlarse de nosotros!

—Pues... usted dirá y no más...

—No quisiera recurrir al último extremo... En realidad, éste nada tiene que ver.

—Pero si estorba... —agregó sobriamente el «Tuerto».

—Hablaré con él unas palabras —decidió don Fabio.

El «Tuerto» miró las botellas vacías que había encima la mesa y dijo sonriendo con intención.

—¡Se conoce que el nuevo gerente de «La Nacional» se emborracha hasta con limonada!

El patrón no le contestó y alejándose se perdió entre el gentío. Demetrio había bebido mucho más de lo conveniente, pero sus ideas eran lúcidas y sólo sentía la alegría natural de levantar la copa para brindar.

—¡Salud, amigos, y por el éxito de «La Nacional»! —exclamó.

Todos se levantaron menos Nanette, que, mostrando confusión, tomó la copa y la vació de un trago.

Heriberto, que tampoco se encontraba muy bien, dijo:

—¡Y porque a alguien le ha dolido nuestro triunfo!

Gerardo, que quizá era el único ecabánime, se dio cuenta de que Nanette permanecía sentada.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no te levantas?

Ella intentó resistir, y entonces él la cogió por el brazo y la hizo levantar. En el asiento había un reloj que reconoció por el de Demetrio. Alargó la prenda a su propietario mientras la reconvenía con palabras duras. Demetrio, sin enterarse, en realidad, de lo sucedido, guardó nuevamente el reloj en su bolsillo y terminó de beber.

Don Fabio había llegado hasta colocarse cerca de Demetrio y había observado la escena entre Nanette y Gerardo. Después se dirigió al nuevo gerente de «La Nacional».

—¿Sería tan amable de permitirme unas palabras, don Demetrio?

Esto volvió el rostro con asombro y, al escuchar la proposición, cambió una mirada con Gerardo, pero se decidió y siguiendo a don Fabio se alejaron de la tertulia. Su amigo le miró con inquietud. Heriberto también comentó contrariado:

—Don Fabio se trae algo...

—¡Bueno! —replicó Gerardo queriendo animarse—. Hay borregos que van por lana y salen trasquilados, ¿no?

—¿Qué querrá con Demetrio? —preguntó Heriberto, no muy convencido.

—No lo sé, pero Demetrio no es ningún chiquillo, no te preocupes.

Don Fabio y su compañero habían llegado a la puerta de un reservado. Después de subir las escalerillas, el dueño del Gran Casino se dirigió amable para invitar de nuevo a Demetrio,

Adentro podremos hablar mejor.

Había calculado mal. El efecto de la bebida parecía haberse disipado en la cabeza del otro. Ante el peligro miró desconfiado al interior de la habitación, donde temió encontrarse con algo desagradable porque estaba casi a oscuras.

—Dígame aquí lo que tenga que decirme —dijo Demetrio con una energía que no esperaba don Fabio.

Quiso infundir confianza a Demetrio y, sin variar de tono, prosiguió:

—He oído decir que mañana empezarán a trabajar y me permití molestarle para darle un consejo: ¡no haga esa tontería! Don José Enrique era soberbio y no hizo caso de las advertencias de sus amigos; pero usted es hombre de experiencia. ¿Qué gana con meterse en líos? Aproveche su oportunidad y venda esos pozos.

—¿Ya acabó? —preguntó Demetrio con socarronería.

—Quiero que me entienda, don Demetrio. Yo nada tengo que ver con el asunto, pero no me gustaría que le dieran un dolor de cabeza.

—Mire, don Fabio, en mi tierra hay un dicho que dice que

desde lejos se conoce el pájaro que es calandria. ¡De modo que ya ve! Por si le interesa, mañana, a las ocho, empezaremos a bombar!

Tambaleando un poquito le dió la espalda y emprendió de nuevo el camino del salón. Don Fabio, al verle alejarse, perdió la sonrisa y el gesto amable. Se colocó a la sombra y Camelia, que parecía aguardar aquel momento, dejó violentamente a dos hombres con quienes bebía y abriéndose paso entre la muchedumbre, detuvo a Demetrio poco antes de que llegara a su mesa. Heriberto y Nanette, demasiado alegres, se levantaron y se fueron. Gerardo ni se dió cuenta. Le tenía preocupado otra cosa. Camelia, enlazando su brazo al de Demetrio, le hablaba efusivamente.

—Felices los ojos que lo ven, señor gerente. ¿Por qué tan serio? Mande al diablo los negocios y vamos a divertirnos un rato, ¿quiere?

—Encantado —exclamó satisfecho al ver a Camelia a su lado, por quien siempre había sentido predilección—. Pero creo que ya he bebido mucho...

—Lo que se bebió sin mí no vale.

—Bueno, empezaremos la cuenta otra vez y... se acabó.

Llegaron hasta la mesa donde estaba solo Gerardo, quien no pudo menos que dirigir una mirada recelosa a Camelia y ésta no quiso interpretarla. Le sonrió descañadamente, mientras Demetrio pedía una botella de champaña.

Gerardo, rechazando la invitación que le hacía Camelia, preguntó a su amigo:

—¿Qué pasó?

—¡Nada!

La joven, con el deseo de interrumpir la conversación, obligó a beber a su compañero, hablándole al oído.

—Me gustaste desde el instante que te vi, Demetrio.

—Entonces —dijo halagado— hice bien en venir al casino esta noche!

—Tenías que venir, porque yo te esperaba.

Vaciaron de nuevo las copas.

—Decididamente me gustas, Camelia! —exclamó Demetrio.

Gerardo, encontrando analogía en la escena que tenía ante

los ojos y la desarrollada cuando la misma mujer convenció a José Enrique, terció en tono poco amable.

—¡Ya basta! ¡Con lo que has tomado ya está bien!

—Esta es nueva cuenta, muchacho. ¿No ves que Camelia y yo estamos muy contentos?

—Dejelo en paz. No tiene costumbre de beber —dijo Gerardo a Camelia.

Pero Demetrio, dominado ya por el alcohol, lanzó una carcajada, diciendo con buen humor a la muchacha:

—¿Ya oyes lo que dice el chamaco?

—Envidia, chico —contestó ella—, pruébale que aguantas más que todos.

Se llevaron los vasos a los labios en el momento en que se levantaba el telón y apareció Mercedes, iluminada por un potente reflector, y empezó a cantar, acompañada por la orquesta:

Entre el pesar o el placer

a escoger.

Se trata de una mujer,

ya ha escogido.

Entra el hombre

qué atrevido.

¡Es el mismo Lucifer!

Y al pensar

Entre el placer y el pesar

no vacila.

Le llama su propio ser,

él escoge a la mujer

ques es lo peor del azar...

Gerardo no podía creer lo que veía. Como idiotizado fijaba sus ojos perplejos en Mercedes, sintiendo que un impulso se aceleraba por momentos. Admirado, admitía que cantaba con maestría. Camelia, aprovechando la distracción de Gerardo, murmuró algo al oído de Demetrio, y éste asintió completamente bebido. Cuando Mercedes terminó la canción, el público aplaudió frenético. Bajo el efecto de su excitación, Gerardo no prestaba ya ninguna atención a Demetrio ni a Camelia, que no perdían el tiempo y con-

tinuaban bebiendo. Se levantó y, acercándose al escenario, se detuvo cerca de la cantina. Los aplausos seguían sin interrupción. Los demás componentes del cuadro, después de saludar, desaparecieron. No así Mercedes, que se vio obligada a permanecer agradeciendo las ovaciones unos instantes. Bajó las escalerillas y al pasar junto a Gerardo, éste la detuvo. Al reconocerla casi se traicionó demostrando el gusto que experimentaba, pero inmediatamente dió a su semblante una expresión recelosa.

—¡Hasta que supe cómo cantan los angelitos! —exclamó gozoso Gerardo—. Yo la hacía muy lejos de los campamentos a estas horas... Nos dijeron en el hotel que habían salido en el barco. ¿Y la señorita Mercedes?

—Se marchó.

—¿Entonces se quedó usted solita? ¡Me alegro de que no se haya ido! Veniga a tomar una copa. Vale que somos antiguos conocidos, como quien dice...

—¡Vamos! —exclamó sentándose ante la mesa que le señalaba Gerardo.

—¿Qué desea tomar? —preguntó el joven.

—¡No quiero nada, gracias!

El la miraba en los ojos, intensamente, como si quisiera penetrar en sus pupilas. Mercedes esquivaba sus miradas.

—Anoche me dijo usted que era uno de los encargados de «La Nacional», ¿verdad?

—Sí —admitió Gerardo, a quien aquello en ese momento no importaba nada—, el encargado es Demetrio, para eso es el gerente.

—¿El gerente? —siguió preguntando con intención—. ¿quién le nombró?

—Quien haya sido, ¿qué más da? Vamos a hablar de otras cosas. ¡De usted!

—Le pregunto, ¿quién le nombró?

—Cada vez que la miro me gusta más. No sea arisca y déjeme probarle que soy su amigo. Usted está solita... y eso no está bien. ¿Sabe usted por qué se quedó en los campamentos? Porque ya estaba de Dios que teníamos que encontrarnos.

Ella se levantó disgustada y don Fabio, que andaba por allí cerca, la invitó a sentarse en su mesa.

—Me parece que la señorita estaba conmigo —dijo Gerardo, pero tuvo que ver cómo los dos se alejaban—. ¡Todavía no hemos acabado de hablar, y no me iré del casino hasta decirle todo lo que tengo que decirle!

Gerardo permaneció solo en su mesa nervioso y malhumorado. Ya se decidía a abandonar el salón, cuando, sobresaltado, miró hacia donde debía estar Demetrio, quien, conducido por Camelia, que lo sostenía por la cintura, iniciaba la ascensión por la escalera, sin duda hacia el cuarto de la bailarina. Todo el disgusto se esfumó. Olvidó de pronto a Mercedes, su contrariedad y su despecho, y la inquietud le hizo poner en pie. Exactamente del mismo modo, José Enrique, ebrio y enamorado, había ido a buscar la muerte, conducido en brazos de Camelia. Trabajosamente lograron subir el primer tramo de la escalera. Al llegar al segundo, Gerardo, tomando de pronto una resolución, se sirvió una copa y la bebió sin prisa. Después, procurando no ser visto por don Fabio que parecía estar muy ocupado con Mercedes, se dirigió también a la escalera. Camelia no advirtió que era seguida. Pasaba verdaderas fatigas ayudando a su compañero que estaba más borracho de lo que ella imaginaba. Por fin, llegaron a su cuarto y la joven abrió la puerta. Gerardo en ese instante estaba ya en el pasillo. Se acercó a la puerta y al ir a abrirla cambió de modo de pensar y, sin meditarlo mucho, penetró en la habitación contigua ignorando que era la de Mercedes. No se ocupó de cerrar la puerta. Ansiosamente recorrió con la vista la alcoba y pegó el oído al tabique que dividía ambos cuartos. Confusos llegaron hasta él ruidos sospechosos que le obligaron a buscar un sitio más apropiado para oír mejor. Se colocó tras la cortina que servía de armario ropero y escuchó anhelante. De pronto se estremeció y ya iba a lanzarse al pasillo, cuando la voz iracunda de Mercedes, que estaba en el umbral de la puerta, le detuvo.

—¡Salga o llamo para que le echen!

—¡Por favor, calle usted!

—¡Salga o llamo! —insistió ella, que había interpretado mal su súplica.

—Ya salía... óigame —volvió a implorar Gerardo, considerando que estaba perdiendo momentos preciosos en una tontería. Al ver que Mercedes no atendía y ante la imposibilidad de

explicarse en aquel momento, amordazó a la joven con una mano, la hizo entrar en la habitación y con la otra mano intentaba sujetar las de la joven que lastimaban su rostro con arañazos. Estaban junto a una silla.

La voz de Camelia se dejó oír en el pasillo mientras cerraba la puerta de su habitación. Avanzó unos pasos y se detuvo frente a la habitación de Mercedes.

—¡Raquela! —llamó con discreción y asomó la cabeza—, ¡ah! perdona, creí que estabas sola —y la bailarina astuta, adivinando algo de lo que pasaba, bajó rápidamente las escaleras.

Momentos después se abrió la puerta de la habitación y entraba el «Tuerto» seguido de dos guardias blancos.

—¡Dese preso! —gritó fieramente, deteniéndose en medio de la habitación, mientras los guardias hacían salir a Gerardo a empujones.

Al día siguiente Demetrio no apareció por el campamento; la noticia de su desaparición corrió como reguero de pólvora y Mercedes temió que ella, sin querer, había ayudado a los que le habían asesinado. Ella no había querido escuchar a Gerardo cuando quería explicarle su presencia en aquel cuarto y, mientras tanto, en el de al lado, igual que había ocurrido con José Enrique, el «Tuerto», escondido tras la cortina del ropero, asestaba un golpe mortal a sus víctimas mansamente conducidas allí por Camelia.

Gerardo había tomado una resolución. Volaría los pozos, tal como había dicho que se hiciera José Enrique y marcharía de los campamentos para siempre. Dió las instrucciones necesarias a Heriberto y le dijo:

—Si yo no regreso antes de las cinco de la mañana, vuela los pozos. Ahora ve por la dinamita y luego ya nos veremos.

Uno de los obreros vino a decir a Gerardo que una señorita le esperaba en las oficinas.

—¿Una señorita?

Salió a su encuentro y vió a la que suponía todavía que era Raquela. En pocas palabras le explicó que ella no era otra que la hermana de José Enrique Irigoyen y que ahora comprendía el porqué él se hallaba en su habitación la noche anterior.

—He tomado una decisión rápida. He vendido los pozos a

la competencia y marcharé de aquí hoy mismo. ¿Quiere usted acompañarme, Gerardo?

—Su hermano deseaba que los pozos se volaran antes de venderlos.

—Puede volarlos, ahora ya están vendidos —dijo Mercedes.

—Entonces corrió usted el trato sabiendo que iban a volarse. Mercedes sonrió significativamente.

Aquella noche de pesadilla había terminado. Gerardo y Mercedes, muy juntos, miraban los campamentos por última vez desde la ventanilla del tren.

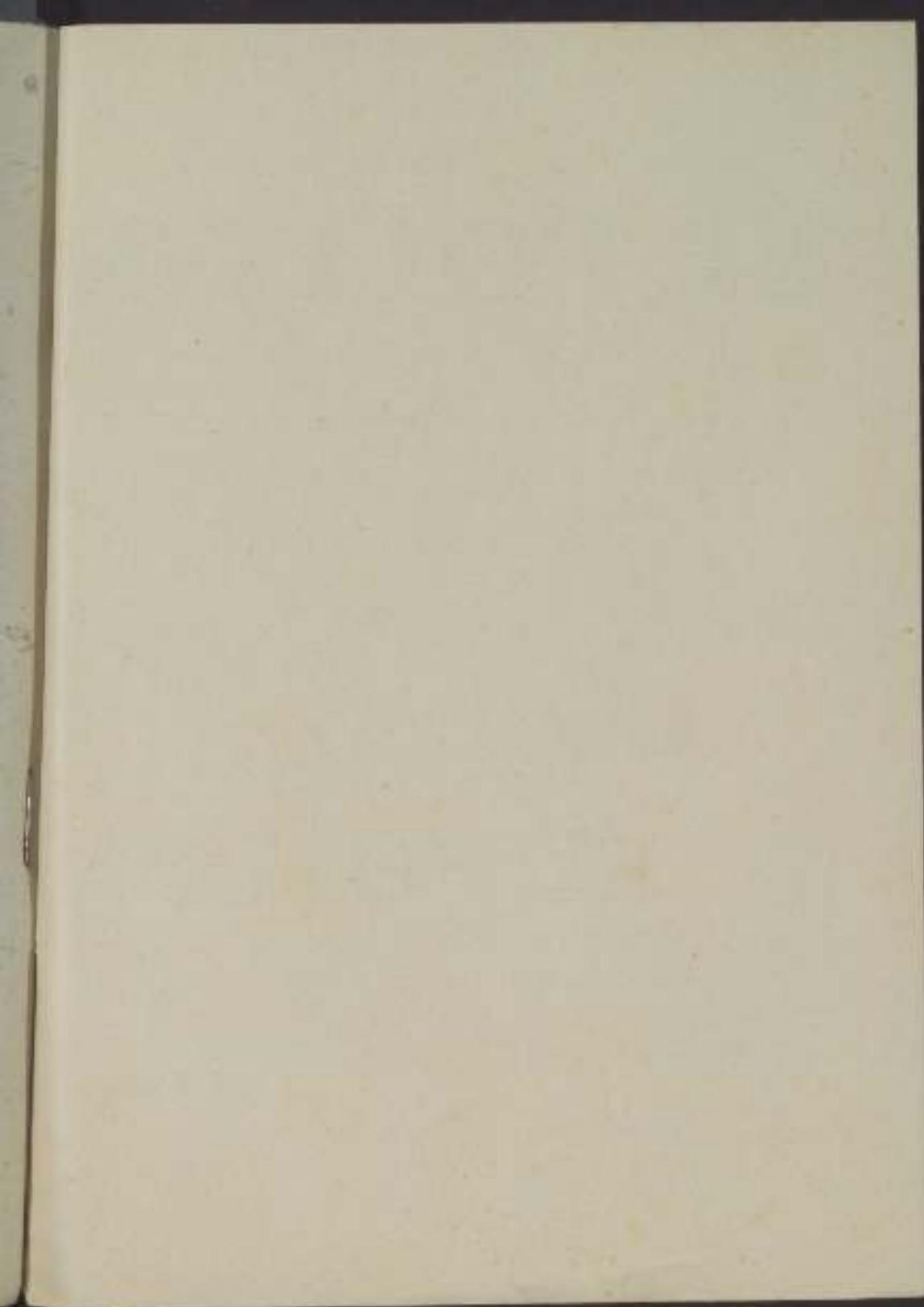
El reloj de la estación había dado las cinco campanadas. El maquinista puso el tren en marcha. En aquel momento una fuerte explosión cercana hizo trepidar los cristales de las ventanillas. Todo el mundo se asomó tratando de averiguar lo que sucedía. Otra explosión se produjo análoga a la primera y, casi simultáneamente, una tercera. El tren se alejaba de la estación y corría rápidamente por el campo. Mercedes acercó su rostro al de Gerardo.

—¿Has oído las explosiones?

—Sí, los pozos —murmuró ella.

—Heriberto ha cumplido su palabra y tu hermano José Enrique está vengado.

FIN



Leyendo siempre EL FOLLON  
de risas darás un millón.

# EL FOLLON

La publicación de abracadabrante humorismo

Dibujantes : MONTAÑOLA  
MALLOL  
MESTRES  
JUAN DIEGO  
CEDO

## TITULOS:

Situación comprometida  
Delicadeza impropicienda  
"El Follón" estudiantil  
"El Follón" del estraperlo

# EL FOLLON

Eufórico y optimista, eminentemente  
descacharrante y de fina ironía,  
armará EL FOLLON padre

DOS pesetas

Si humor quieres tener  
EL FOLLON debes leer.

---

4 ptas.